
Semillas
SABERES, IDENTIDAD Y TERRITORIO
RAÍCES DEL HUILA
DE LA CREACIÓN AL CULTIVO
GENERACIÓN SUR 2.0
SEMILLERO DE INVESTIGACIÓN

RAÍCES DEL HUILA

DE LA CREACIÓN AL CULTIVO

Generación Sur 2.0
Semillero de investigación

Sobre este libro

Raíces del Huila. De la creación al cultivo es una creación colectiva como parte del Proyecto *Semillas. Saberes, identidad y territorio* del Semillero Generación Sur de la Universidad Surcolombiana, construida con las voces, la imaginación y el conocimiento territorial de niñas, niños y adolescentes que aman su tierra y sus cultivos.

Este libro puede ser reproducido, impreso, compartido y utilizado libremente con fines pedagógicos y educativos, siempre que se reconozca de manera explícita al Semillero Generación Sur como su autor colectivo.

Ninguna reproducción total o parcial de sus contenidos podrá realizarse con fines comerciales sin autorización previa del semillero.

Si compartes este material en espacios educativos, redes sociales o publicaciones, te invitamos a incluir la mención: "Tomado de Raíces del Huila. De la creación al cultivo — Semillero Generación Sur."

Porque estas historias nacieron de una comunidad y merecen seguir creciendo en comunidad, igual que las semillas que las inspiraron.

Semillas:
Saberes, Identidad y Territorio

Generación Sur 2.0
Semillero de investigación

Insurgentes
Grupo de investigación

Comunicación Social y Periodismo
Universidad Surcolombiana
2026

Equipo investigador
Jhoan Sebastián Vitoviz Artunduaga
Gabriela Santamaría Zuloaga
Ángela Lucia Fierro Santos
Karla Johana Cano Riveros
Gisley Viviana Correa Urriago
Juan David Ramirez Mayorga
Mariana Galindo Perdomo
Wilmar Ernesto Puentes Puentes
Danna Lizeth Tinoco Reyes
Juan Pablo Quintero Vargas
Yimer Stiven Celis Montenegro
Laura Valentina Guzmán Rodríguez

Tutor / Director
Erinso Yarid Diaz Rodríguez

Articulación
Proyecto Semillas
Agencia Cultural Banco de la República
Neiva

*Las ideas y relatos originales pertenecen a los niños, niñas y adolescentes vinculados al Proyecto Semillas: Saberes, Identidad y Territorio; el desarrollo narrativo y la optimización literaria de los contenidos estuvieron a cargo del equipo investigador mediante procesos de acompañamiento técnico.

**Las ilustraciones originales son de autoría estudiantil; los entornos visuales fueron desarrollados mediante asistencia técnica de inteligencia artificial generativa."

¡Bienvenido a un viaje por el corazón de nuestra tierra!

En las páginas de 'Raíces del Huila', los niños, niñas y adolescentes de Tello, Rivera, Algeciras, Campoalegre y Gigante se convirtieron en los narradores de nuestra historia.

Con la fuerza de su imaginación y el poder del trabajo en equipo, dieron vida a cinco semillas mágicas: el banano, la cholupa, el arroz, el cacao y el café. A través de sus relatos e ilustraciones, estas semillas nos cuentan los secretos de nuestro territorio, llenando este libro de colores y saberes que nos enseñan a amar y proteger lo que somos.



Semillero de Investigación Generación Sur

PRÓLOGO

El libro 'Raíces del Huila' es un territorio hecho de papel y sueños donde los niños, niñas y adolescentes se convirtieron en los verdaderos dueños de sus historias.

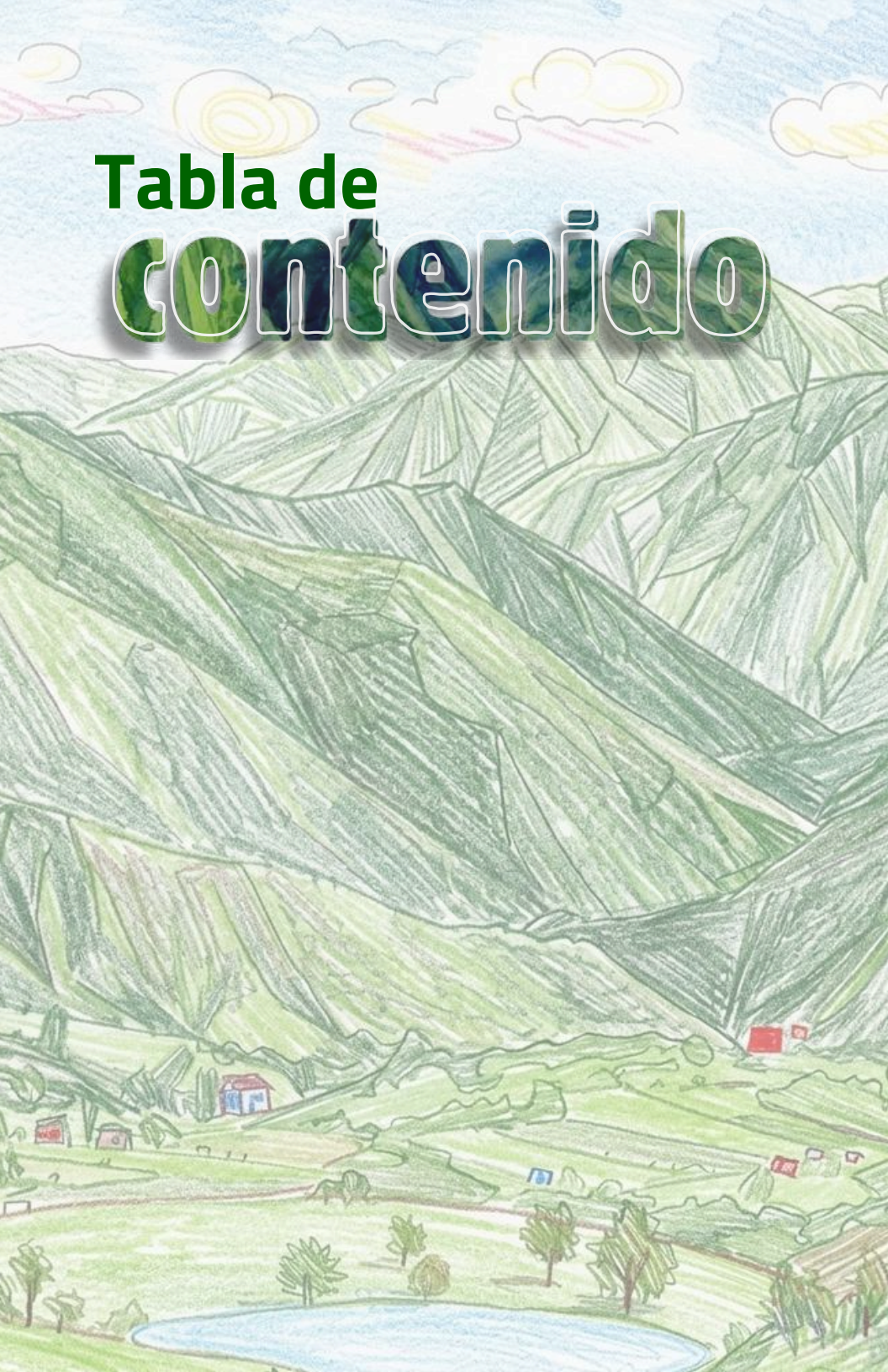
En los territorios de Tello, Rivera, Algeciras, Campoalegre y Gigante, descubrimos un gran secreto: el plátano, la cholupa, el arroz, el cacao y el café no son solo plantas que crecen en la tierra; ¡son personajes con memoria y mucho que decir!

Juntos, usamos la imaginación como una brújula para que cada semilla encontrara su propia voz en estos cuentos y dibujos. Este libro es mucho más que una colección de relatos: es un regalo lleno de orgullo que la infancia le entrega a su departamento para gritarle al mundo:

¡Este es nuestro hogar, aquí crecemos y así somos!



Tabla de contenido





1. EL CARPINTERO Y LA LUNA Pag. 11



2. EL REGALO DE LA MADRE MONTE Pag. 31



3. LA SEMILLA INUNDADA Pag. 47



4. LA CABRA SABIA Pag. 67



5. EL AMULETO MAGICO DE THEO Pag. 83



EL CARPINTERITO Y LA LUNA

I.E NICOLÁS GARCÍA BAHAMÓN
MUNICIPIO DE TELLO



Hace miles de años, en lo más profundo de las montañas del sur, un hada de alas brillantes llamada Cataleya fundó una vereda mágica con terrenos encantados capaces de producir los mejores frutos de la región.

Atraídos por la abundancia de aquella tierra generosa, muchos campesinos y criaturas mágicas llegaron a vivir a ese lugar, construyendo poco a poco una comunidad unida por el trabajo y la esperanza.

Sin embargo, lo que ninguno conocía era el secreto que esas montañas guardaban: la tierra regalaba talentos extraordinarios a quienes poseían un corazón noble.





Entre los campesinos que decidieron empezar una nueva vida allí se encontraba la familia González, conformada por don Martín, doña Lucía y su pequeño hijo Luis, a quien todos conocían como el "Carpinterito".

Era un niño de doce años, de manos ágiles y ojos atentos, que llegó a la vereda siendo muy pequeño. Desde que pisó esa tierra mágica, fue dotado con el don de tallar madera y convertir cualquier pedazo seco en figuras llenas de vida. Tallaba animales, estrellas y, sobre todo, figuras de la luna, su mayor inspiración.

Duraba horas recreando ese arco plateado que colgaba brillante en el cielo oscuro.

Un día, a la finca de al lado llegó un nuevo vecino: don Rémulo. De apariencia misteriosa y voz pausada, era un comerciante ambicioso que había vivido toda su vida en la ciudad.

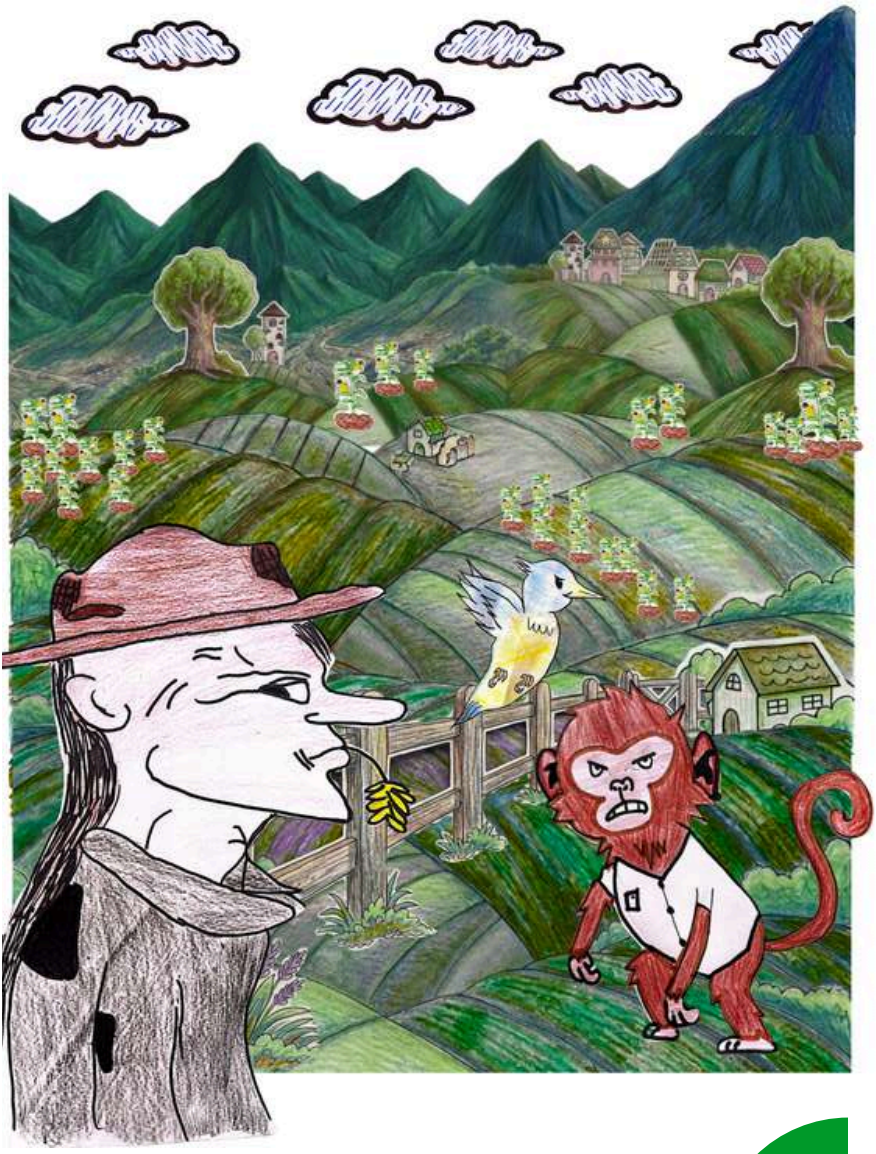
Cuando llegaron a sus oídos los rumores de una tierra encantada que daba los mejores frutos del mundo, no dudó ni un momento en abandonar la ciudad para verlo con sus propios ojos.

Con él llegaron dos criaturas peculiares: un pájaro azulejo llamado Roberto y un pequeño mono churuco llamado Pepito. Ambos habían sido entrenados para los planes ambiciosos de su amo.

Roberto hacía de vigilante: permanecía inmóvil sobre un tronco seco junto al cerco que separaba las fincas, sin perder detalle de lo que ocurría al otro lado.

Pepito, en cambio, era inquieto y fanático de la ciencia; se pasaba el día balbuceando frases sin sentido sobre experimentos y plantas, mezclando palabras difíciles con gestos exagerados que a veces hacían reír a los niños de la vereda.





La rutina en la vereda era sencilla: en las mañanas, antes de que saliera el sol, Martín, Lucía y Luis salían a trabajar la tierra.

Los días soleados eran los mejores, todo parecía tener vida propia y las hadas se movían por toda la vereda dejando un rastro de luz entre los cultivos.



En cambio, cuando el cielo estaba gris, las tareas de la finca se hacían más largas y el tiempo parecía pasar más lento.

El sol era el reloj natural de Luis: cuando se ponía en el centro del cielo, él sabía que era hora de volver a casa a almorzar.

Cada noche, cuando el trabajo del campo terminaba, Luis buscaba la luna plateada en el cielo.

A diferencia del sol, que guiaba el trabajo del día, la luna acompañaba sus momentos de descanso y de creación.

Su forma curva era la que más le gustaba: parecía mordida por algún gigante antojado de un sabor dulce y suave, como lo imaginaba el niño.

Para el Carpinterito, la luna era su fuente de motivación para madrugar, sabiendo que en la noche volvería a verla



Sin embargo, en la casa de Luis algo no andaba bien. Cada amanecer los cultivos aparecían más deteriorados: hojas amarillas, tallos doblados, suelo reseco. De aquella tierra mágica apenas brotaban unos pocos frutos para comer.



Don Martín, preocupado, pasó varios días vigilando sus tierras en silencio.

Una noche cualquiera, descubrió la causa del daño: cuando la temperatura bajaba y la oscuridad lo cubría todo, dos animales atacaban el cultivo.

Un pájaro pequeño picoteaba los corazones de las plantas, mientras un animal en cuatro patas regaba un líquido misterioso sobre la tierra, dejándola seca y sin vida.

Luis, cansado de ver a sus padres tristes y a la mesa sin comida, escuchó un día al mono del vecino balbucear sobre plantas y experimentos.

Curioso, fue a buscarlo al cerco.

Al ver al Carpinterito, Pepito se acercó cuidadosamente, mirando hacia los lados antes de hablar.

—Oye, niño, yo conozco trucos de ciencia para hacer crecer los cultivos. Te he visto triste por las plantas —le dijo con una gran sonrisa.

—¿De verdad? —preguntó Luis—. Los cultivos de mis papás están siendo atacados por animales. Ya casi no nos queda comida.

—Yo te puedo ayudar —dijo el mono bajando la voz—, pero hay una condición. —Se acercó aún más al niño—. Quiero todas tus figuras de madera de la luna.

Luis dudó. Esas esculturas eran lo más valioso que tenía. Pero la imagen de su madre llorando en silencio y de su padre mirando los cultivos destruidos fue más fuerte que cualquier duda.



Con el corazón apretado, entregó sus figuras una por una.



Lo que Luis no sabía era que Pepito nunca tuvo intención de ayudarlo.

El mono solo necesitaba madera suficiente para sus experimentos secretos, y había encontrado la manera más fácil de conseguirla

Pasaron cinco días. El cultivo seguía igual de destruido.

Fue entonces cuando Luis comprendió la verdad: don Rémulo no soportaba que los campesinos de la vereda tuvieran mejores productos que él.

Para arruinar sus cultivos prósperos, había ordenado a Roberto y a Pepito acabar con las plantas ajenas usando químicos y picoteos, afectando sobre todo a los vecinos González.



Las plantas de don Martín y doña Lucía se caían a pedazos. Y el Carpinterito, que había entregado todo lo que tenía a cambio de una mentira, se encontró con las manos vacías y el corazón roto.

Muy triste, ahogado en llanto, comenzó a pedir a gritos que alguien lo ayudara.

De repente, apareció el hada Cataleya. Al verlo tan devastado, se arrodilló frente a él y le habló con voz serena.



—Luis, no te preocupes. Tu don es un regalo de la naturaleza, y la naturaleza nunca abandona a quien la cuida con amor. Al amanecer, siembra en la tierra las figuras que te queden, y te aseguro que todo va a mejorar.

Algo confundido pero sin más opciones, Luis enterró en la tierra las pocas figuras que le quedaban.

De inmediato, la tierra cambió de color: de un marrón seco pasó a un negro profundo y húmedo, lleno de vida. De aquellas tierras oscuras comenzaron a brotar plantas grandes y fuertes, cada una coronada por frutos que guardaban la forma de las esculturas de Luis.





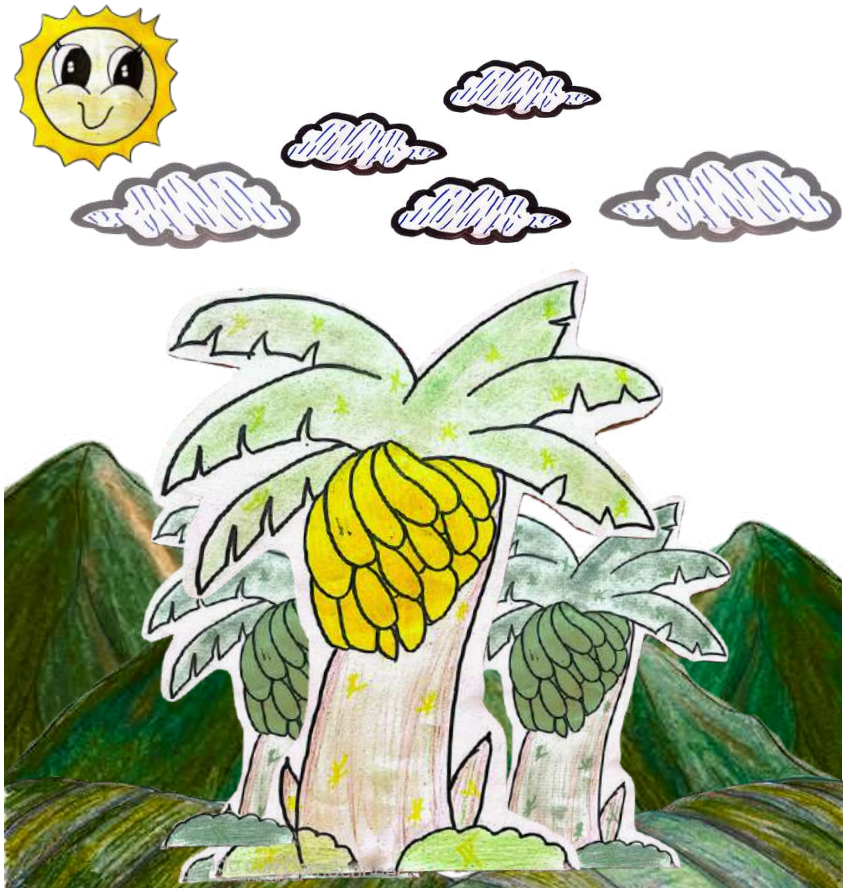
El hada Cataleya se acercó entonces con dos trozos de madera en las manos.

—Talla la luna menguante en uno de ellos y la luna creciente en el otro —le dijo con una sonrisa—. Al primero lo llamarás plátano y al segundo, banano.



El Carpinterito obedeció con alegría. Sembró sus nuevas esculturas y de inmediato crecieron unas plantas altas de troncos gruesos y hojas gigantes, como paraguas verdes que daban sombra a toda la finca.

A los pocos días, de ellas nacieron racimos con frutos en forma de luna: curvados, firmes y llenos de dulzura.



Ni la amargura de don Rémulo, ni el picoteo de Roberto, ni los químicos de Pepito pudieron contra aquellas plantas.

Los cultivos volvieron a llenarse de vida y la comida nunca volvió a faltar en las mesas de la vereda.

Cuando Rémulo vio que su envidia había fracasado y que la tierra seguía siendo generosa con quienes la trabajaban con amor, comprendió que la bondad del Carpinterito era más poderosa que cualquier trampa.

Avergonzado, recogió sus cosas, llamó a sus dos animales y se marchó del lugar sin decir una palabra.

Los González, agradecidos, decidieron compartir las semillas con todos sus vecinos.

Pronto, todo el terreno se llenó de los alimentos más deliciosos que pudieran existir: el plátano, fruto de la luna creciente, ideal para sopas, fritos y harinas.

Y el banano, fruto de la luna menguante, dulce y lleno de energía para el trabajo del campo.



Desde entonces, cada vez que la luna creciente aparece en el cielo sobre las montañas de Tello, los habitantes del pueblo recuerdan al niño que, con su corazón noble y sus sueños tallados en madera, ayudó a salvar los cultivos de una mágica vereda y sembró para siempre la historia del plátano y el banano en esta tierra.

FIN





I.E. Nicolás García Bahamón (Tello - Huila)
Estudiantes de 6.°, 7.°, 8.°, 9.°, 10.° y 11.°

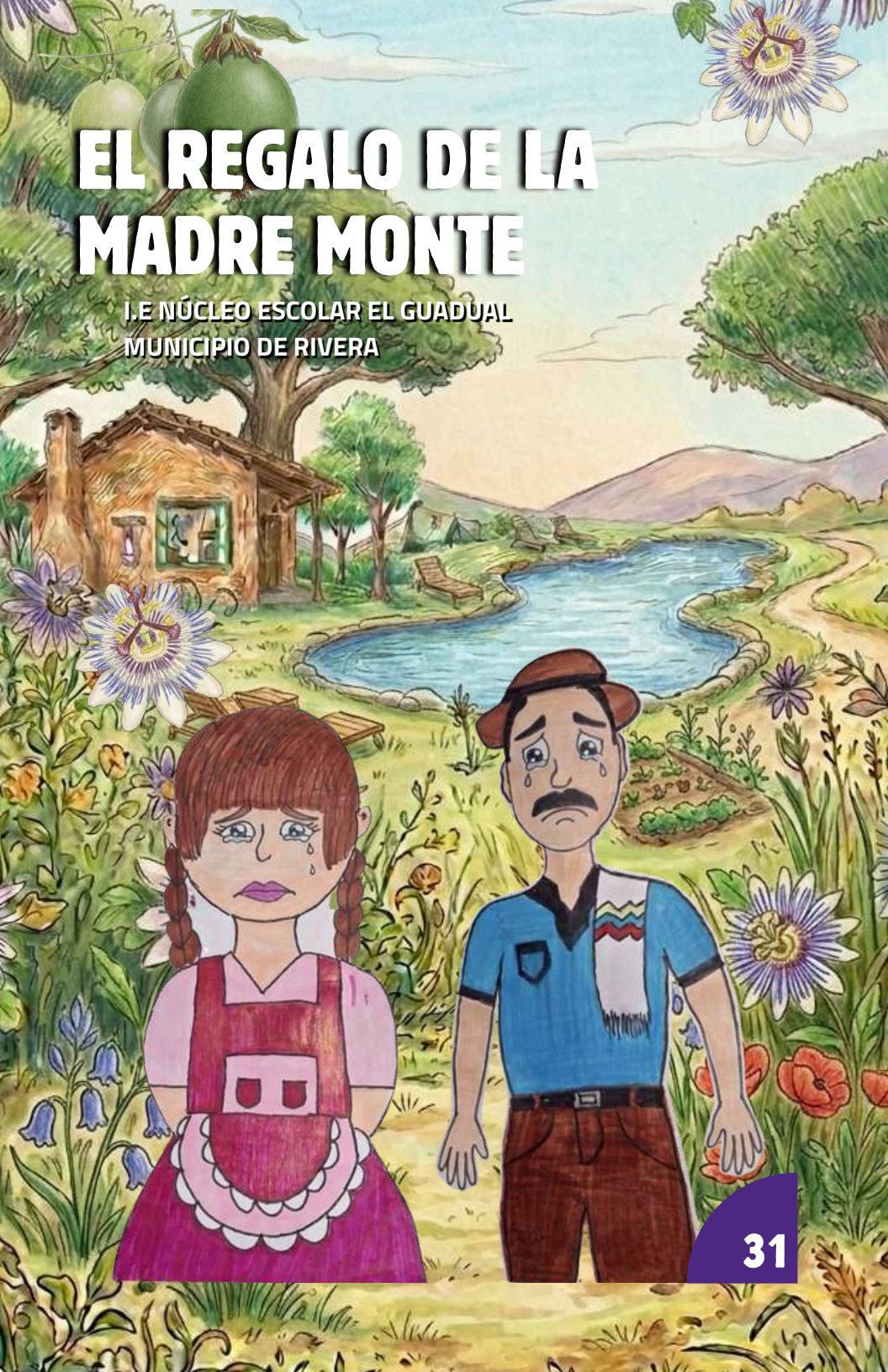
Carlos Alberto Caviedes, Sandi Mariana Oliveros, Ángel Samuel Torres, Laura Valentina Galindo, Kevin Salazar, Luis Miguel Bautista, Valery Jasmin Cabrera, Dana Liseth Solano, Juan David Becerra, Carol Yuliana Caviedes, Valentina Agudelo, Yojan Javier Medina, Laura Milena Mora, Kelly Johana Diaz, Dany Valentina Quintero, Rosario Mosquera, Vivian Cubillos, Laura Valentina Sanchez, Saray Vargas, Mauren Vargas, Santiago Ramirez, Jhonatan Ramirez, Narly Yeliana Gonzáles, Linda Taliana Vargas, Saira Lisney Vargas, Daniela Primavera, Nicolás Plazas y Brenda Michel Bahamón.





EL REGALO DE LA MADRE MONTE

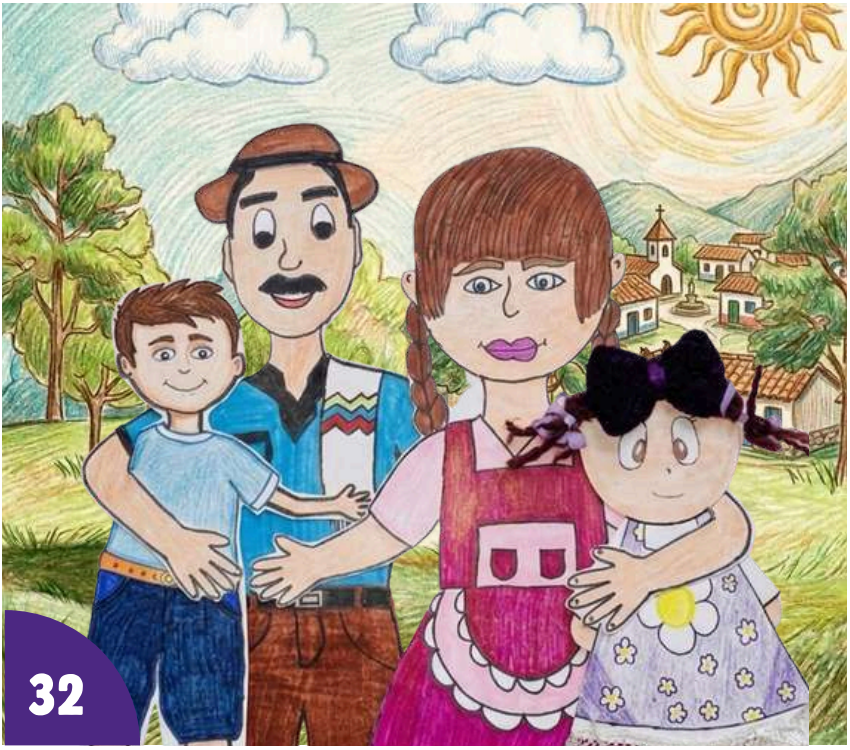
I.E NÚCLEO ESCOLAR EL GUADUAL
MUNICIPIO DE RIVERA



En el municipio de Rivera, entre caminos de tierra roja y fincas rodeadas de árboles frutales, vivía Yeferson, un campesino humilde de manos callosas y corazón generoso. Junto a él vivían su esposa Amparo y sus dos hijos pequeños, David y Viviana.

Tenían una finca modesta pero bien trabajada: cultivos de para recoger, algunas gallinas, dos vacas y un cerdo que los hijos habían bautizado con nombre propio. No eran ricos, pero tampoco les faltaba nada mientras la tierra respondiera.

Y la tierra, hasta entonces, siempre había respondido.



Un martes de verano, mientras Yeferson cortaba leña en el bosque que bordeaba su finca, sintió una presencia. No fue un ruido ni un movimiento: fue algo más parecido al silencio que de repente pesa.

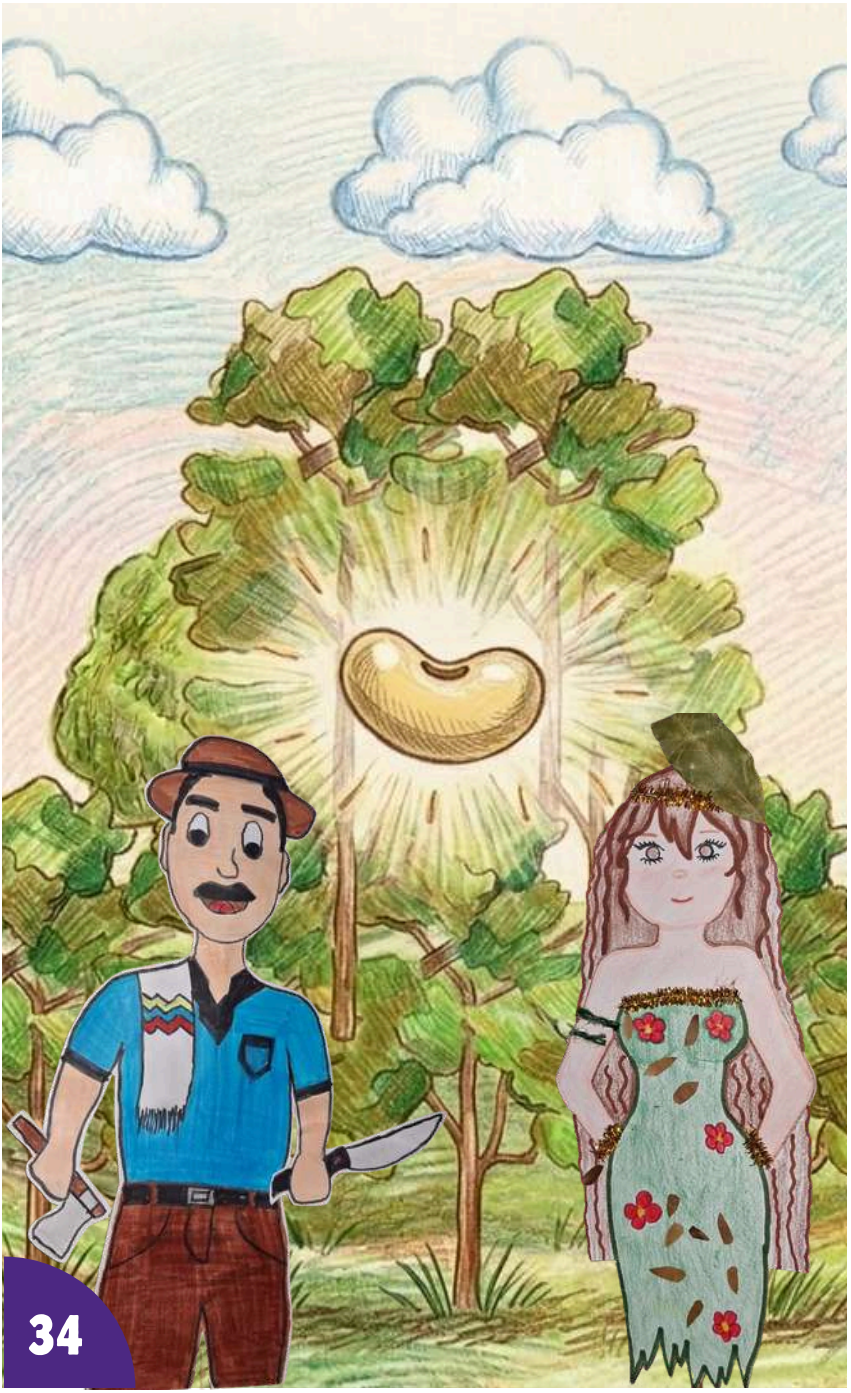
Al voltear, una mujer de vestido verde oscuro lo observaba desde entre los árboles, quieta como si llevara ahí toda la vida.

—No tengas miedo —dijo ella con voz suave.
Yeferson retrocedió un paso, el hacha todavía en la mano

—¿Quién eres? La mujer no respondió. Caminó hacia él con pasos lentos y seguros, como quien conoce muy bien ese bosque, y le extendió la mano. En su palma reposaba una semilla pequeña, oscura, con una superficie rugosa que parecía guardar algo adentro.

—Plántala en tu finca —dijo—. Con el tiempo lo entenderás.

Yeferson la tomó sin saber bien por qué. Cuando quiso reaccionar para preguntar algo más, la mujer ya se desvanecía entre las sombras de los árboles como niebla que se deshace con el calor.



Esa noche, en la cocina, le contó a Amparo lo sucedido. Ella escuchó con atención, tomó la semilla entre sus dedos y la examinó bajo la luz del fogón.

—Esa mujer era la Madre Monte —dijo Amparo con certeza—Dicen que aparece en los bosques para ayudar a quienes trabajan la tierra con esfuerzo y con respeto. No se le aparece a cualquiera, Yeferson



Él la miró en silencio
—¿Y tú le crees a eso

Amparo le devolvió la semilla y lo miró fijamente
—Hazlo. Siémbrala

Y así lo hicieron juntos, al día siguiente, en un rincón de la finca donde la tierra era oscura y húmeda, cerca de la cerca de guadua.

La sembraron sin saber qué iba a crecer, con la misma fe con que se planta cualquier cosa que no se conoce pero que se necesita.



Pasaron las semanas y de la tierra comenzaron a asomar unos tallos verdes y enredaderos que trepaban hacia arriba buscando la luz. Pero Yeferson apenas tuvo tiempo de observarlos.

Las ventas comenzaron a bajar. Primero fue el precio de la leche, luego el de los huevos y luego de esos otros productos que les daba la finca.

Las deudas se acumularon con una rapidez que no daba tiempo para respirar. El banco, el tendero del pueblo, el vecino que les había prestado para el abono: todos esperaban. Los hijos preguntaban cosas que los padres no sabían cómo responder.

Desesperados y sin salida visible, Yeferson y Amparo tomaron la decisión más difícil de sus vidas: vender la finca. Un empresario de la ciudad llamado Felipe llegó con papeles listos y precio en mano.

La transacción fue rápida, casi dolorosa por lo rápida. Empacaron lo que pudieron, miraron la finca por última vez y tomaron el bus hacia Neiva, olvidando por completo la pequeña enredadera que crecía junto a la cerca de guadua.



En la ciudad, los primeros meses fueron duros. Yeferson consiguió trabajo en una bodega de carga y Amparo lavaba ropa para los vecinos del barrio.

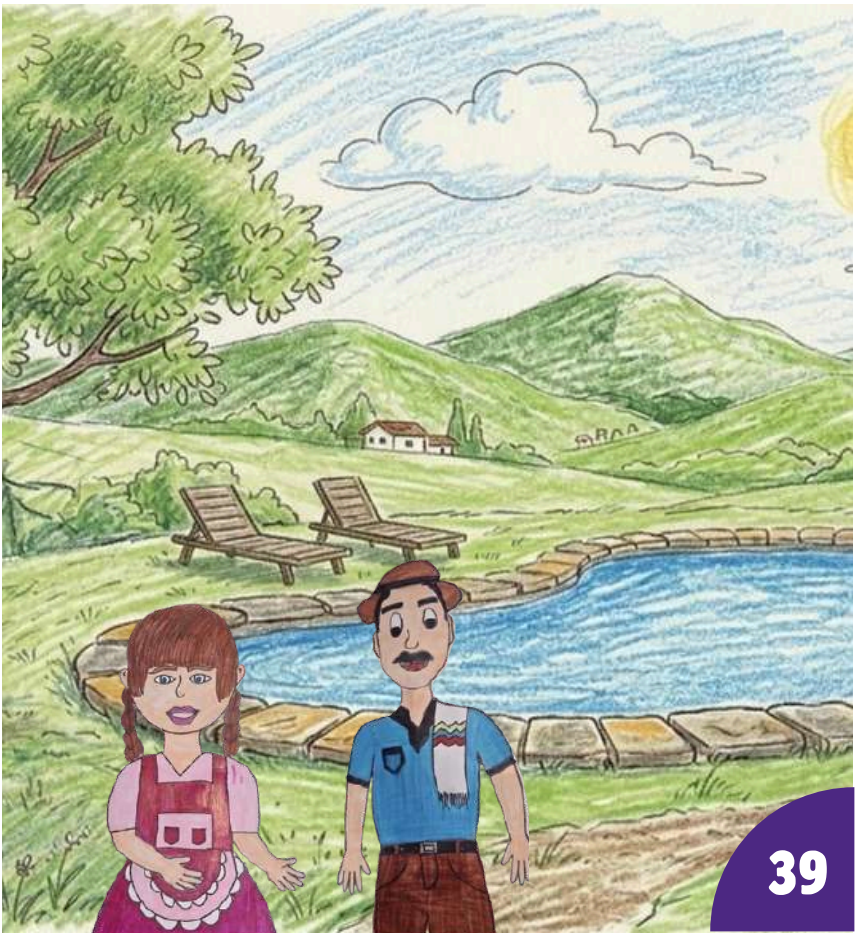


Poco a poco encontraron su ritmo, y con el tiempo lograron estabilizarse. Pero el olor a tierra mojada no lo podía reemplazar ningún barrio de ciudad, y Rivera siempre les pesó en el pecho como algo no resuelto.

Cuando su situación mejoró lo suficiente, decidieron regresar al pueblo con la esperanza de comprar nuevamente su finca.

Al llegar a Rivera, el camino de tierra roja seguía igual, con sus mismas curvas y sus mismos árboles de guamo a los lados, como si el tiempo no hubiera pasado.

Pero donde antes estaba su casa y sus cultivos, ahora había un parque acuático con piscinas de colores y música a todo volumen que se escuchaba desde lejos. Yeferson y Amparo se detuvieron en la entrada sin poder hablar, mirando ese lugar que ya no los reconocía.



Cuando se animaron, recorrieron el lugar como quien camina entre los escombros de algo propio. Fue en la parte trasera del parque, cerca de donde antes estaba la cerca de guadua, donde vieron las plantas.

Eran enredaderas vigorosas, de hojas brillantes, cargadas de frutos verdes con forma redonda y una cáscara dura que ocultaba una pulpa amarilla y perfumada.

—¿Y eso qué es? —preguntó Amparo con la voz entrecortada.

Felipe, que había visto llegar a los dos forasteros con cara de asombro, se acercó.

—Eso ya estaba cuando compré la finca —dijo—. Yo no lo sembré. Un día probé ese fruto por curiosidad y... mejor dicho, una delicia. Le puse cholupa. Gracias a eso me he sostenido bien y me ha dado muy buenas ganancias.

Yeferson y Amparo se miraron.
—Nosotros sembramos esa semilla —
dijo Yeferson en voz baja.



Felipe los miró un momento, luego miró las plantas y algo en su expresión cambió. Les dijo , - supongo que tienen derecho a conocerla, a probarla y a saber cómo se cuida. Yo no soy de cultivos, a mi me gustan otros negocios. -

Felipe los llevó hasta el cultivo y les mostró la planta con detalle: cómo trepaba, cuándo florecía, cómo se sabía que el fruto estaba listo.

Felipe les entregó varios frutos maduros de cholupa y les dijo que sembraran las semillas. Yeferson y Amparo comprendieron entonces que la Madre Monte no los había abandonado, sino que esperaba que estuvieran listos para valorar su regalo.



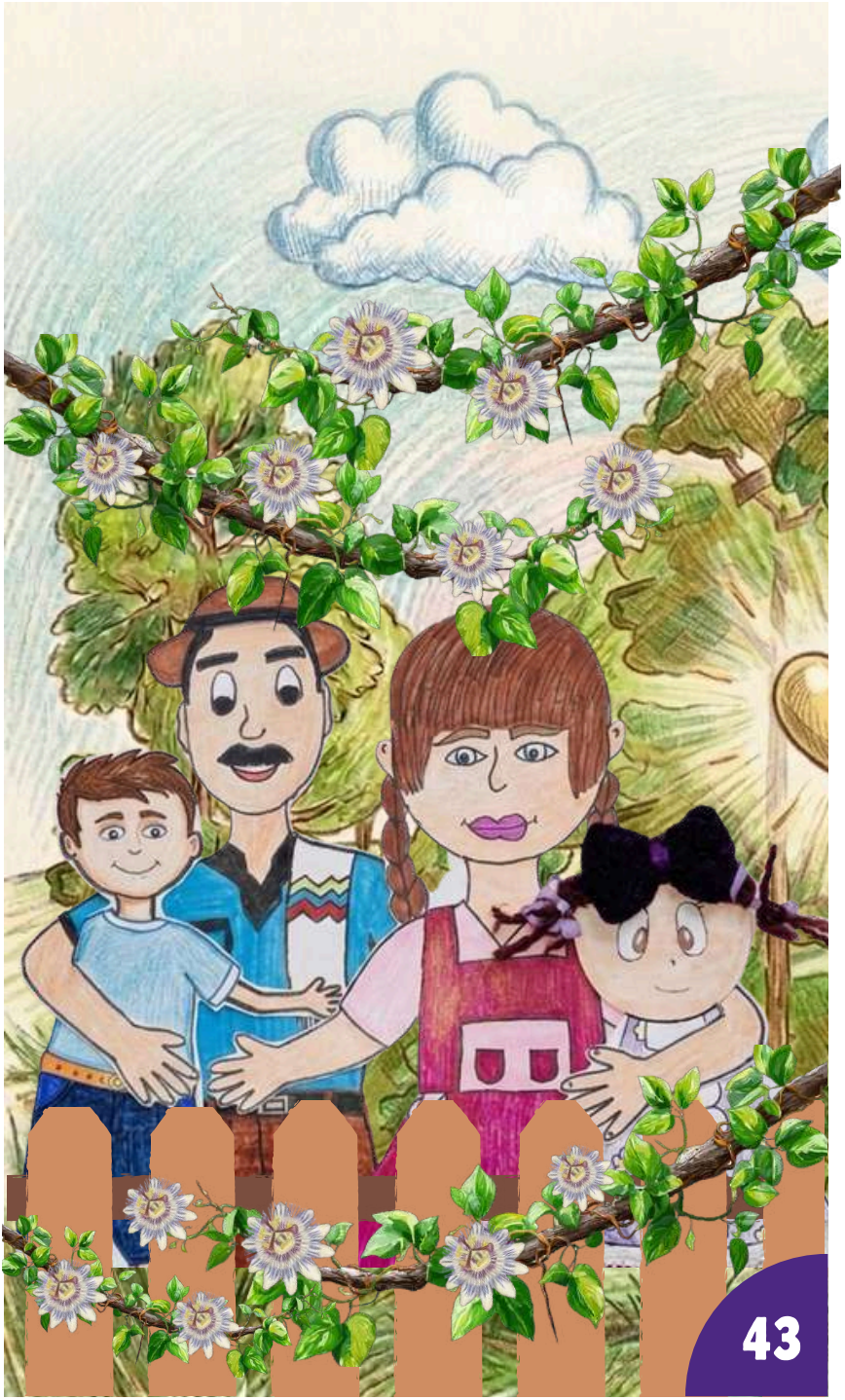
Con sus ahorros, arrendaron un pequeño lote a las afueras del pueblo. Sembraron las semillas con sus propias manos, igual que aquella primera vez junto a la cerca de guadua, pero esta vez sin la incertidumbre de no saber qué crecería.

Los primeros brotes aparecieron a las pocas semanas: enredaderas delgadas que trepaban despacio hacia la luz, como si también ellas quisieran recuperar el tiempo perdido. El cultivo prosperó. Llegaron los frutos: redondos, de cáscara dura y pulpa amarilla con un aroma que se sentía desde el camino.

Los primeros que los probaron en el mercado de Rivera cerraron los ojos sin querer, como hace la gente cuando algo le sabe a algo más que comida. La cholupa de Rivera comenzó a hacerse conocida por ese sabor único, ácido y dulce al mismo tiempo, que no se encontraba igual en ningún otro lugar de la región.

Así entendieron Yeferson y Amparo que las mayores bendiciones pueden llegar en forma de pequeñas semillas, y que la tierra siempre recompensa a quienes regresan a cuidarla.

La Madre Monte no los había abandonado. Solo había esperado, con la paciencia que tiene la naturaleza, a que ellos estuvieran listos para recibir lo que desde el principio había sido suyo.





I.E. Núcleo Escolar El Guadual (Rivera - Huila)
Estudiantes de 10.°

Oscar Eduardo Pinzon Alvira, Yurley Mariana Losada Fajardo, Johan Santiago Gaviria Martinez, Kevin Esneider Garcia Cortes, Isabella Trujillo Estrada, Karol Dayana Perez Narvaez, Oscar Julian Espinilla Chavarro, Leyder Samuel Sanchez Alvarez, Karen Sofia Rojas Guevara, Juan Camilo Gutierrez Campos, Alejandra Polanco Achicue, Angel Fernando Mosquera Tovar, Kevin David Gomez Rojas, Tatiana Gutierrez Ramirez, Jhon Alexander Losada Vargas, Maryi Alejandra Gutierrez Vera, Kelly Yuliana Rojas Bautista, Jairo Enrique Garrido Quesada, Jhoan Sebastian Cumaco Hernandez, Lorens Sofia Ibarra Avedaño, Alejandra Rojas Vazques, Anyely Mildreth Idrobo Garzon
Dayli Camila Lizcano Rodriguez.





LA SEMILLA INUNDADA

I .E EUGENIO FERRO FALLA
MUNICIPIO DE CAMPOALEGRE



Hace unos trescientos años existió un pueblo próspero que cultivaba maíz y trigo entre colinas verdes y ríos tranquilos. A ese pueblo nunca le faltó comida: su siembra era abundante, su cosecha generosa, y sus habitantes conocían bien el ritmo de la tierra. Era un lugar alejado de los demás pueblos, pero esa lejanía nunca fue un problema, pues sus gentes sabían comerciar, ayudarse y mantenerse unidas.

El orden y la tranquilidad formaban parte del día a día. Todo seguía su rumbo hasta ese catastrófico día.

Por las calles, un mediodía cualquiera, apareció un joven pgritando con la voz ronca y los pies descalzos sobre el barro.
—¡Avalancha, avalancha!



Su nombre era Juan.

Era un adolescente de catorce años, vestía ropa empapada y tenía el rostro demacrado por el cansancio y el miedo. Afirmaba que venía de un pueblo aledaño que había sido arrasado en horas: el agua se lo había llevado todo, y él había huido.

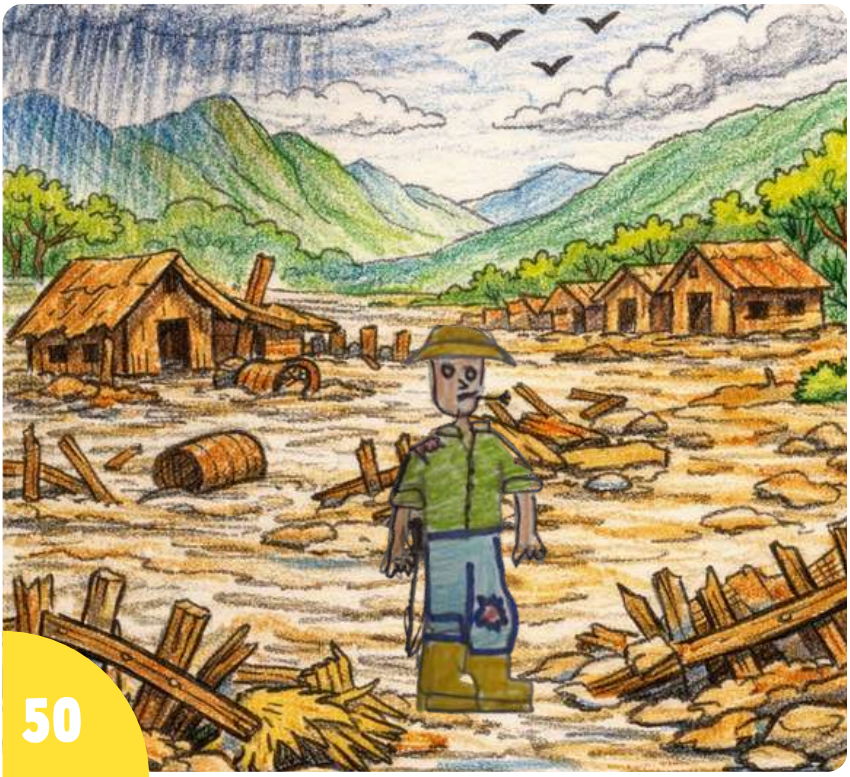
Al principio todos se asustaron. Pero pasaron los días, el cielo siguió tranquilo y el río siguió en su cauce. La gente comenzó a dudar, luego a reírse, y finalmente dejó de creer en esa tal avalancha. Juan, sin familia ni hogar, se quedó a vivir entre ellos, ayudando en lo que podía, callado y triste.



Entonces, exactamente dos semanas después de su llegada, ocurrió lo que tanto se rumoreaba. La avalancha llegó: enorme, brutal, imparable.

Se llevó miles de cultivos, decenas de hogares y la vida entera que ese pueblo había construido durante generaciones. Sus habitantes apenas alcanzaron a correr hacia las colinas con lo que pudieron cargar en los brazos.

Cuando el agua bajó y el lodo se asentó, solo quedó silencio. No había comida, no había refugio, no había esperanza.



Los demás pueblos, aunque lejanos, se enteraron de lo sucedido, y la compasión entró en sus corazones.

Entre todas las personas que oyeron la noticia había un hombre singular: un cultivador que en su juventud había sido científico.

Su nombre era Brayan, un hombre de sesenta y nueve años de espíritu temerario y aventurero, con suficiente dinero y tiempo libre para responder al llamado de la aventura.

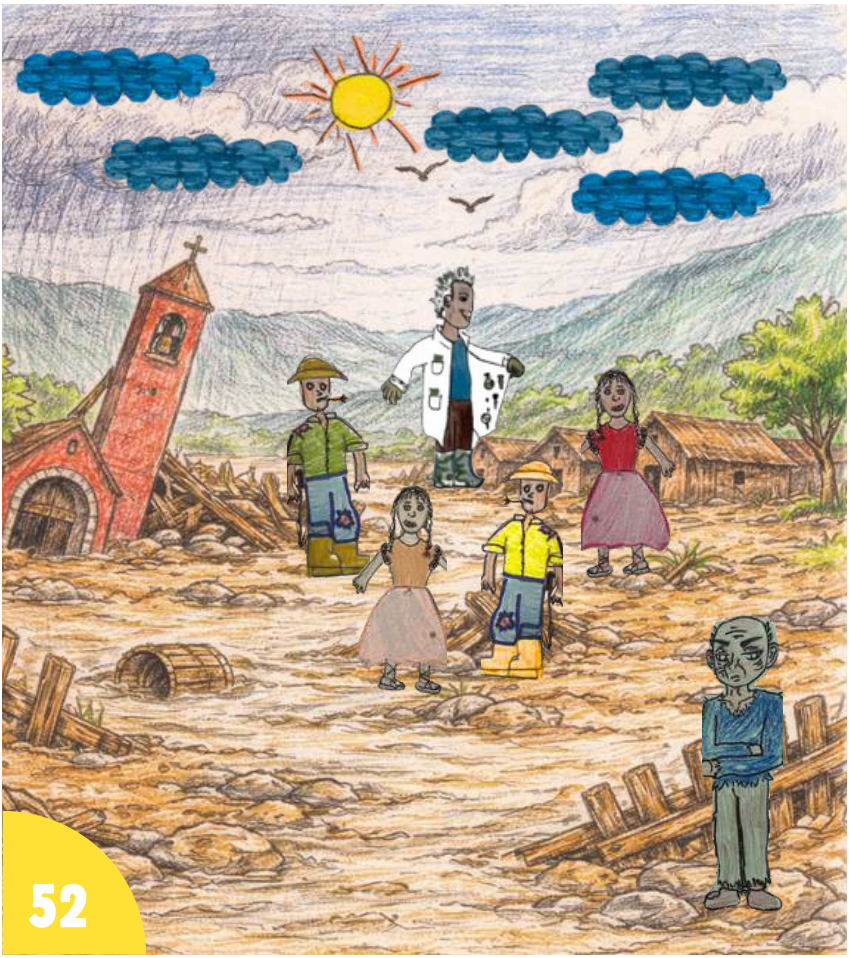
Se colocó su característica bata de laboratorio, sus pantalones color café y sus botas vaqueras, montó su caballo de paso fino y, sin siquiera peinar su cabellera blanca, arrancó hacia ese lejano pueblo.



Cuando Brayan llegó, los pocos habitantes que quedaban lo recibieron con alivio. Por fin alguien con conocimiento y voluntad llegaba hasta ellos.

—No se preocupen —dijo Brayan mirando a cada uno—. Yo los ayudaré a recuperar lo que perdieron.

Todos confiaron en él, menos el más viejo del lugar: Esteban.



Esteban era uno de los fundadores del pueblo. Su rostro estaba surcado de arrugas profundas, sus ojos tenían grandes ojeras y su carácter era tan duro como la tierra seca.

Antes de la avalancha era arrogante y territorial; después, estaba sencillamente devastado. No veía esperanza en ningún lado y la aparición repentina de ese viejo rico con bata de laboratorio solo le generaba desconfianza y rabia.

—¿Qué quiere un ricachón en nuestro territorio? —se preguntaba en voz alta—.



¿Qué puede encontrar aquí donde ya todo está perdido?

Brayan comenzó a recorrer el pueblo e investigar semillas. El trigo y el maíz que antes abundaban estaban completamente destruidos: no quedaba rastro alguno de una semilla que pudiera salvar la producción.

Pasaron días de búsqueda, en los que los habitantes daban lo poco que tenían para apoyar al forastero. Le dieron refugio y comida cuando tenía hambre. Eso fue suficiente para que Esteban rompiera el silencio y arremetiera contra todos.

—¿Por qué le regalan su comida a un viejo ricachón? ¡Debería ser al revés!

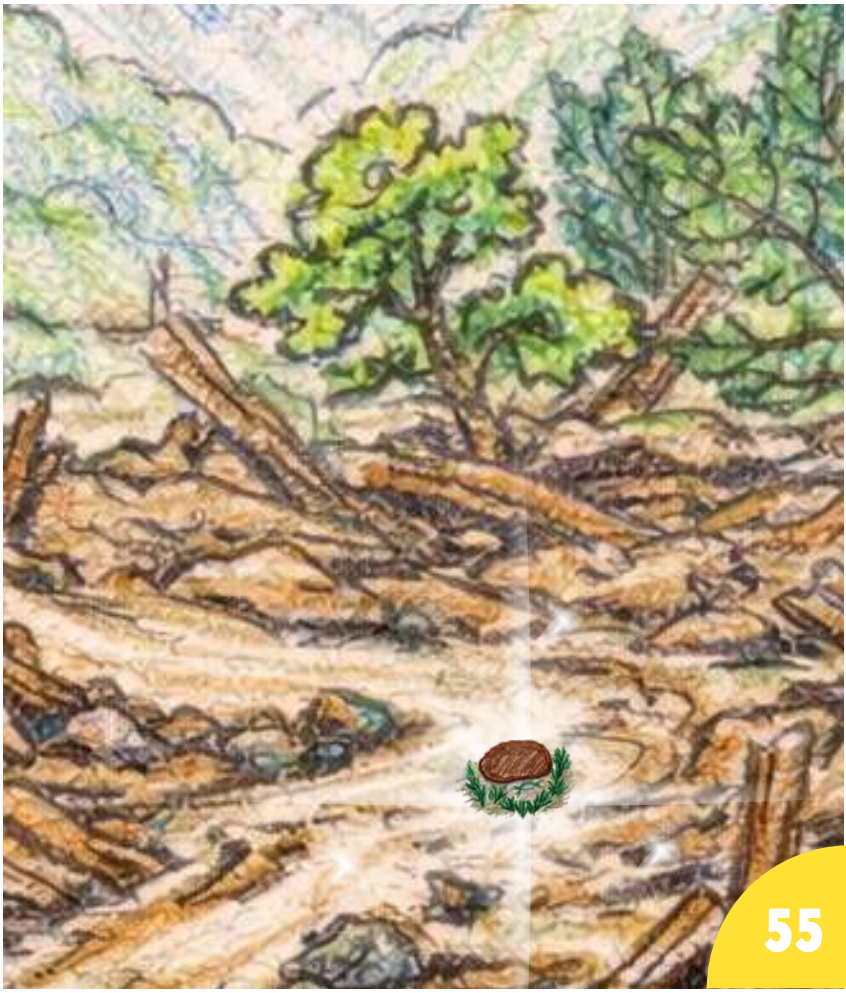
Sus palabras calaban hondo. Brayan empezaba a perder la fe: los días pasaban, no encontraba nada y los comentarios de Esteban lo desanimaban cada vez más. Sin embargo, no quería decepcionar a esa comunidad que había confiado en él, y mucho menos darle la razón al viejo.



Fue Juan quien lo acompañó una tarde hasta la orilla del río. El muchacho, que conocía bien los ríos después de haberle huido a uno, caminaba en silencio junto a Brayan cuando este se detuvo de repente.

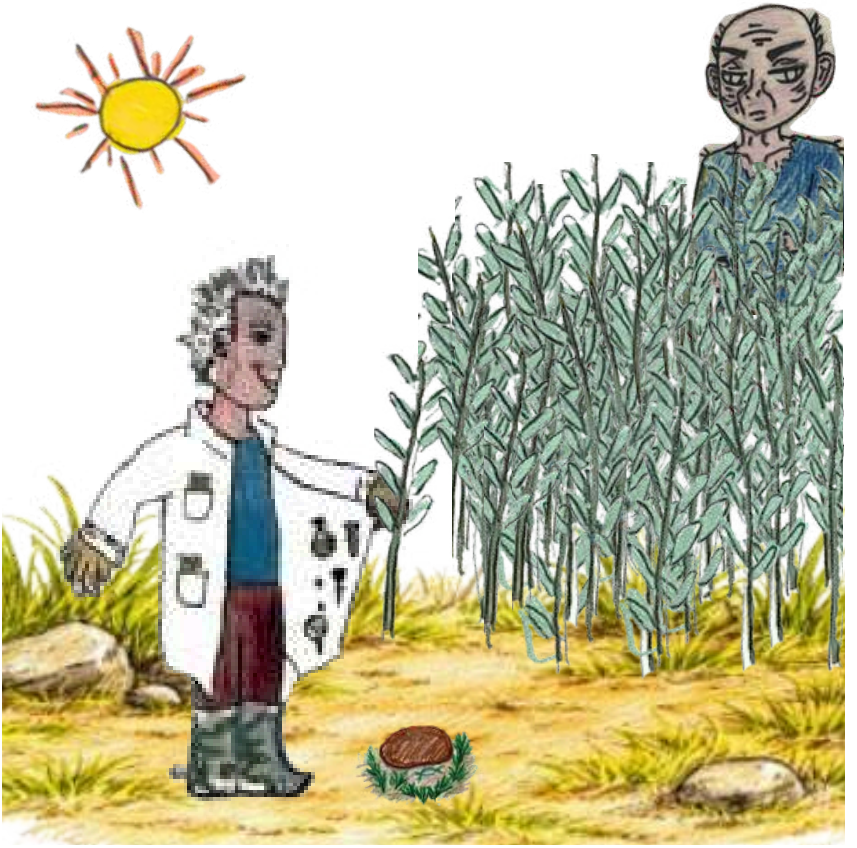
Algo brilló bajo el agua entre las piedras. Brayan se agachó lentamente, metió la mano en el cauce frío y levantó una piedra. Y allí estaba: una semilla diferente a todas las demás. Nunca vista antes. Pequeña, dura, de un color entre blanco y dorado, como si el río la hubiera pulido durante años.

—¿Qué es eso? —preguntó Juan inclinándose.



—No lo sé —respondió Brayan en voz baja, sosteniéndola con cuidado—. Pero lo vamos a descubrir.

Brayan cultivó la semilla en secreto, sin decirle a nadie. Tenía miedo de que fuera una falsa alarma y no quería generar esperanzas vacías en una comunidad ya demasiado golpeada.



Pero en el proceso, Esteban, que lo vigilaba de cerca, lo descubrió y se encargó de regar la voz por todo el pueblo. Él seguía sin confiar en Brayan y quería que se marchara de una vez.

Fue un mes muy desesperante. Había días en que la germinación avanzaba y Brayan sentía el corazón aliviado. Había otros días en que la tierra parecía quieta y sin respuesta, y entonces el peso de la responsabilidad lo aplastaba.

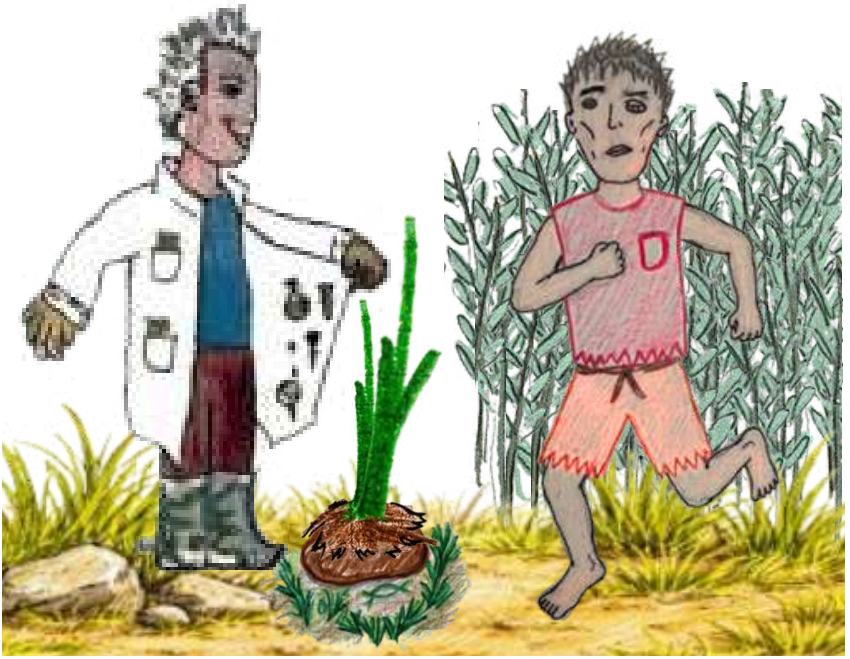
El olor húmedo de la tierra recién regada era lo único que lo calmaba: ese olor a comienzo, a posibilidad.
El pueblo hacía presión. Había niños sin comer, mujeres embarazadas y ancianos que perdían el aliento. Los jóvenes que habían huido durante la avalancha no regresaron: convencidos de que no valía la pena volver a un lugar que ya no tenía nada, se dispersaron por otros pueblos.

Con el tiempo, la semilla creció hasta convertirse en la planta más bella que nadie hubiera visto jamás. Sus tallos eran delgados y elegantes, y sus granos colgaban en racimos que brillaban bajo el sol como pequeñas piezas de oro. Todos estaban maravillados.

Brayan la probó: era muy dura y muy seca. Así que, en un acto de intuición desesperada, puso los granos en agua hirviendo y los cocinó como cualquier otro alimento.
Para su sorpresa, los granos se inflaron, se suavizaron y soltaron un aroma tibio y reconfortante.

—¡Eureka! —gritó Brayan.

Llamó a Juan primero. El muchacho lo probó en silencio, masticó despacio y abrió los ojos.



—Está... bueno —dijo—. Está muy bueno.

Antes de que Brayan pudiera organizarse, la planta comenzó a dejar caer sus semillas y estas empezaron a germinar solas, como si la tierra misma estuviera impaciente.

Brayan se entregó por completo al cuidado del cultivo: sin químicos, sin conservantes, solo con abono natural, agua Del río y la dedicación que da quien sabe que una comunidad entera depende de sus manos.

Esteban lo observó durante días desde lejos, en silencio. Vio a Brayan arrodillarse en la tierra, regar con paciencia, retirar las malas hierbas una por una. Y una mañana, sin que nadie lo esperara, apareció en el cultivo con una pala en la mano.

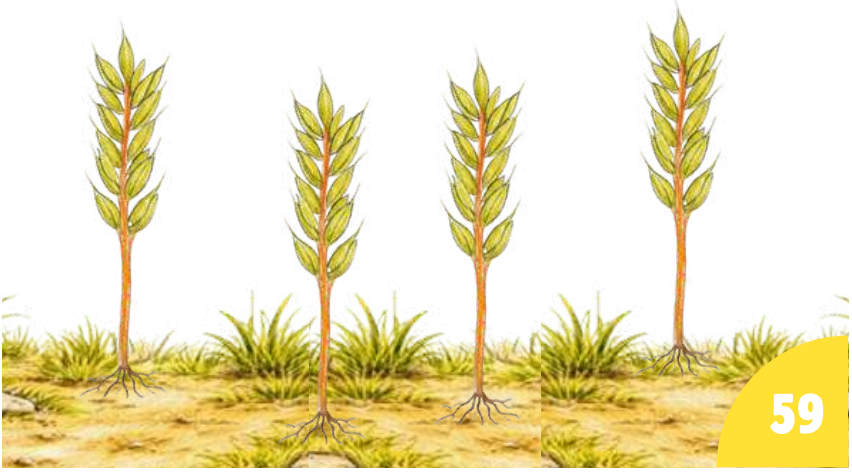
—¿Qué necesita? —le preguntó a Brayan con voz seca. Brayan lo miró un momento, sonrió y le señaló una hilera sin trabajar.

Ese día los dos viejos trabajaron lado a lado sin hablar demasiado. Pero al final de la tarde, Esteban se detuvo, se limpió las manos en el pantalón y le dijo a Brayan:

—Realmente no creía en ti. Pero salvaste un pueblo que ya no tenía oportunidades.

Brayan solo sonrió y respondió:

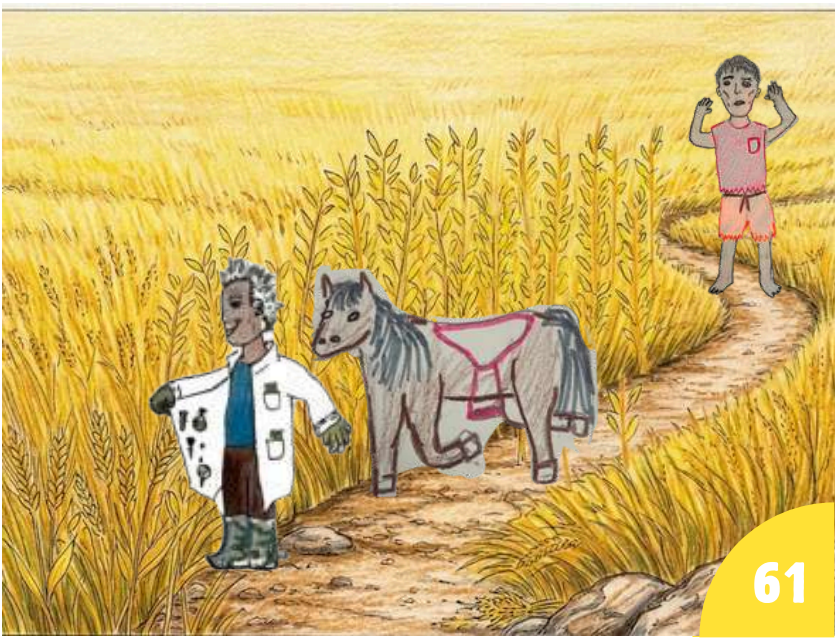
—Como nombre le pondré a esta semilla: arroz.





Desde ese momento, el pueblo se levantó. Adoptaron la semilla como parte de su identidad: aprendieron a sembrarla en los suelos inundados que el río había dejado tras la avalancha, descubriendo que esa misma agua que los había destruido era ahora la que hacía crecer el arroz con más fuerza.

Dejaron de ser un pueblo sin nombre para llamarse Campoalegre, y con ese nombre siguieron hacia adelante, cultivando la semilla que un río les regaló en su peor momento. Juan, que había llegado descalzo y sin nadie, se quedó para siempre. Se convirtió en el primer joven cultivador de arroz, y con el tiempo enseñó a otros lo que Brayan le había enseñado a él: que la tierra siempre guarda una semilla para quien tiene paciencia de buscarla.





I.E. Eugenio Ferro Falla (Campoalegre - Huila)
Estudiantes de 7.º

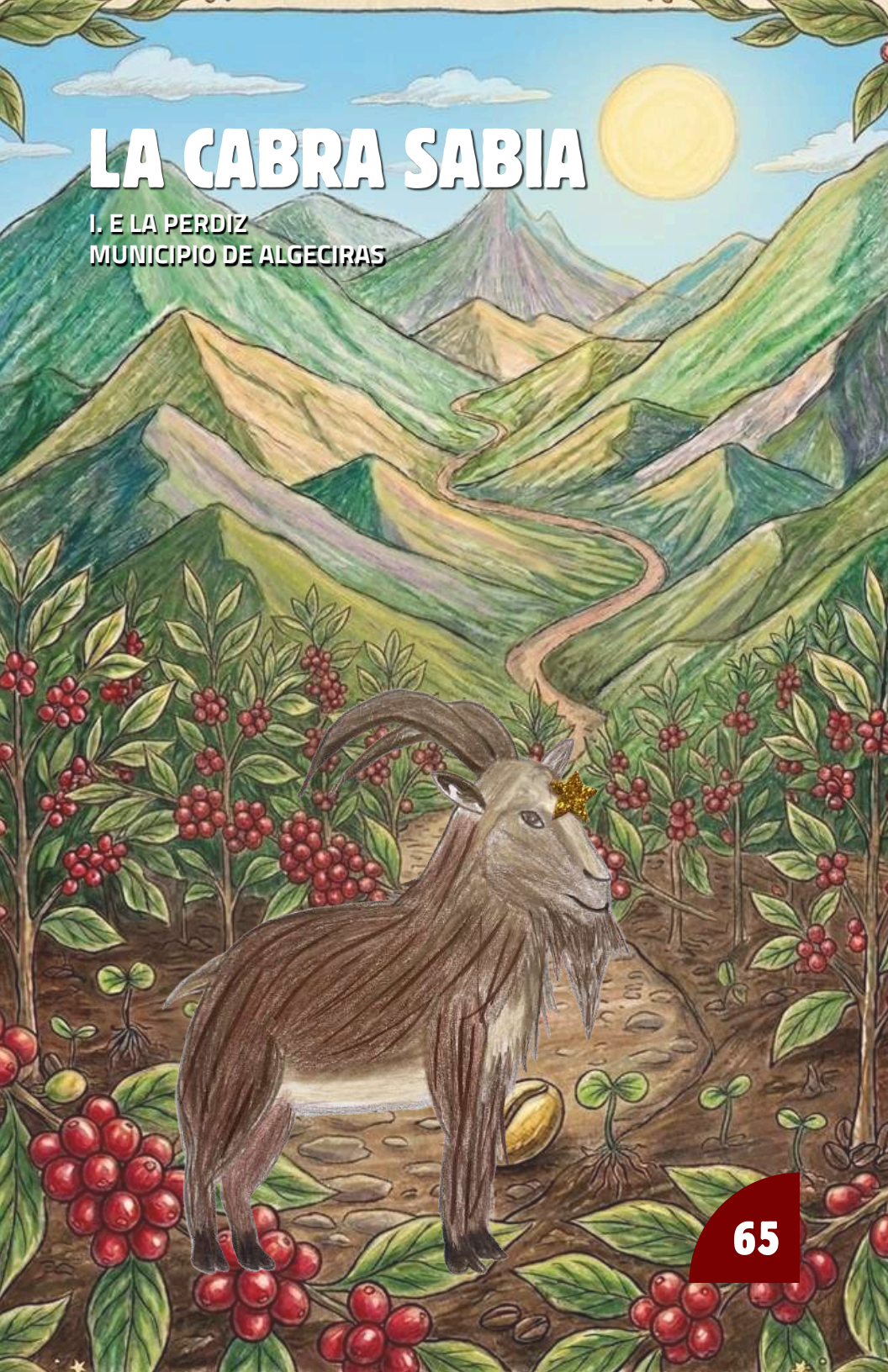
Santiago González, Maiker Quintero, Ashley Perdomo, Emely Yaima, Sebastian Aragonez, Sergio Chizabas, Luciana Cuellar, Diego Caicedo, Maximiliano Manchola, Yudy Pillimue, Gabriela González, Angel Di Maria Ramírez, Jarid Valbuena, David Florez, Nicolás Sanabria, James Cortés, Luciana Soto, Danna Valeria, Sharol Castro, Jesús Corteé, Maiker Medina, Sara Suárez, Julieta Ferreira y María José Ángel.





LA CABRA SABIA

I. E LA PERDIZ
MUNICIPIO DE ALGECIRAS



Hace mucho tiempo, en lo más alto de la vereda La Perdiz, donde las montañas son tan altas que las nubes se enredan entre los árboles y el sol calienta con fuerza desde temprano, vivía una cabra muy sabia.

No era una cabra ordinaria. Tenía el pelaje color café oscuro, unos cuernos largos y enroscados como ramas de roble, una barba larga que le daba un aire de anciana sabia y, en medio de su frente, una pequeña estrella brillante que parpadeaba cuando la luz le daba de frente. Se decía que un Dios bondadoso le había entregado un regalo muy valioso para los humanos: la semilla del café. Su misión era encontrar a una persona buena, trabajadora y de corazón honesto que la cuidara.



Durante años la cabra recorrió las montañas de La Perdiz buscando a esa persona. Observaba a los campesinos desde lejos, los veía trabajar, los escuchaba hablar. A unos los descartaba por ambiciosos. A otros por perezosos. A otros porque en su mirada había algo que no le convencía.

Hasta que una mañana encontró a Antonio.

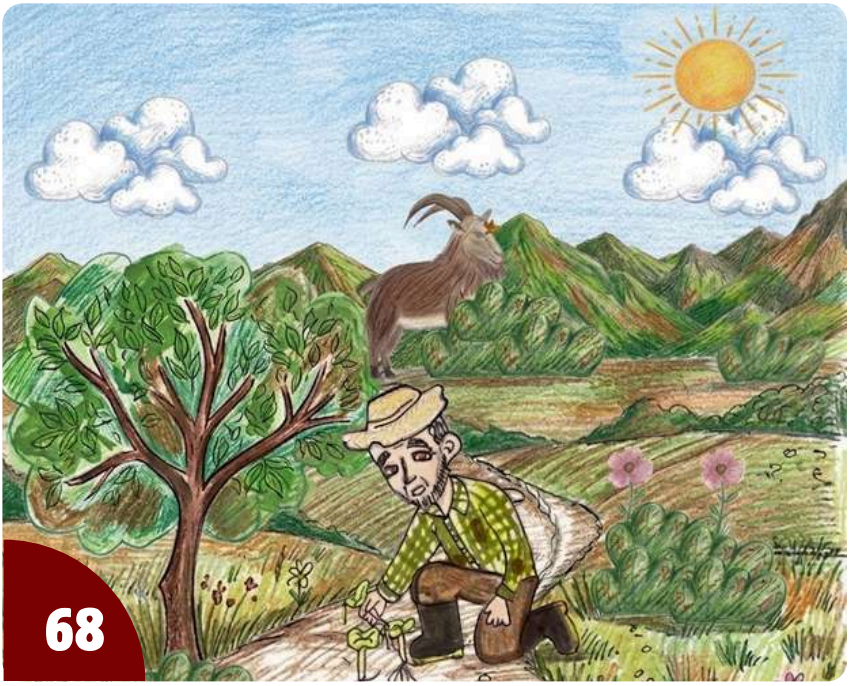


Era un campesino de mediana edad, de espalda ancha y paso tranquilo, que salía cada mañana antes del amanecer a recolectar los productos de su finca sin apuro, pero sin pausa. Trabajaba solo, sin quejarse, y cuando terminaba miraba su tierra con una satisfacción silenciosa que pocos saben tener.

Esa mañana, mientras Antonio regresaba a casa con su canasto al hombro, se topó de repente con la cabra en mitad del camino. Se quedó inmóvil, sorprendido. Nunca la había visto antes.

La cabra lo miró fijamente. Luego, con un paso tranquilo y seguro, se acercó y depositó a sus pies algo pequeño y verde: eran chapolas, las primeras semillas germinadas del café, envueltas en una hoja húmeda como si alguien las hubiera preparado con cuidado para el viaje.

Antonio se agachó despacio y las recogió sin saber bien qué estaba haciendo.



—¿Qué quiere que haga con esto? —preguntó mirando a la cabra.

Ella lo miró fijamente, como si entendiera cada palabra. Luego giró y salió trotando entre la niebla de las montañas hasta desaparecer entre los árboles.

—¡Espere, no se vaya! —alcanzó a decir Antonio, pero ya era tarde.

quedó en mitad del camino con las chapolas en la mano, mirando el lugar donde la cabra había desaparecido.

—¿Y esto qué será? —se preguntó en voz baja.

Lo que Antonio no sabía era que, oculto entre los matorrales del camino, alguien había visto todo. Era David, su vecino.



Un hombre de mirada inquieta y palabras siempre calculadas, que esa mañana había seguido a Antonio por pura curiosidad, como hacía a veces cuando el aburrimiento y la envidia lo empujaban a meterse en lo ajeno.

Vio la cabra, vio las chapolas y vio cómo Antonio las guardaba como si fueran un tesoro. Una sonrisa torcida le cruzó la cara mientras se alejaba en silencio.

—Miren lo que tenemos aquí —susurró para sí mismo —. Algo importante debe ser, porque no por nada las guarda así. Algún día sabré qué era eso, y cuando lo haga, todo será mío.

Antonio, aunque no estaba seguro de lo que tenía en las manos, decidió sembrar las chapolas en la tierra más fértil de su finca, en una ladera con buena sombra y agua cercana.



Pasaron los meses y poco a poco aquellas plantas crecieron: primero como arbustos de hojas brillantes y oscuras, luego más altos, más frondosos, hasta dar unos frutos rojos y redondos que brillaban entre el verde como pequeñas lámparas encendidas.

Antonio los miraba cada día sin saber qué hacer con ellos.

—¿Para qué servirá este fruto tan extraño? —se preguntaba, tocándolos con cuidado, oliéndolos, girándolos entre los dedos.

Un día los probó directamente del arbusto: eran carnosos por fuera pero el centro era duro y amargo. Los escupió con una mueca.

—Esto así no sirve —dijo.

Luego de pensar mucho sobre cómo podría comer ese fruto, intentó molerlos sin tostar, pero el polvo era verdoso y olía a hierba mojada. También lo descartó. Luego trató de hervirlos enteros: el agua quedó turbia y sin sabor. Antonio se rascó la cabeza, frustrado.

Mientras tanto, David no había olvidado lo que vio aquel día en el camino. Esperó con paciencia, observando desde lejos cómo el cultivo de Antonio crecía y crecía. La envidia le crecía al mismo ritmo.

—Cuando yo sepa para qué sirve eso, me lo quedo todo —decía entre dientes.



Una noche oscura y fría, cuando el silencio cubría La Perdiz y hasta los perros dormían, David se acercó a la finca de Antonio con pasos cuidadosos. Saltó la cerca, caminó agachado entre los arbustos y comenzó a arrancar los frutos rojos a puñados.

Antonio, que dormía con el sueño liviano de quien cuida algo valioso, escuchó el crujido de unas ramas secas entre el cultivo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz firme.

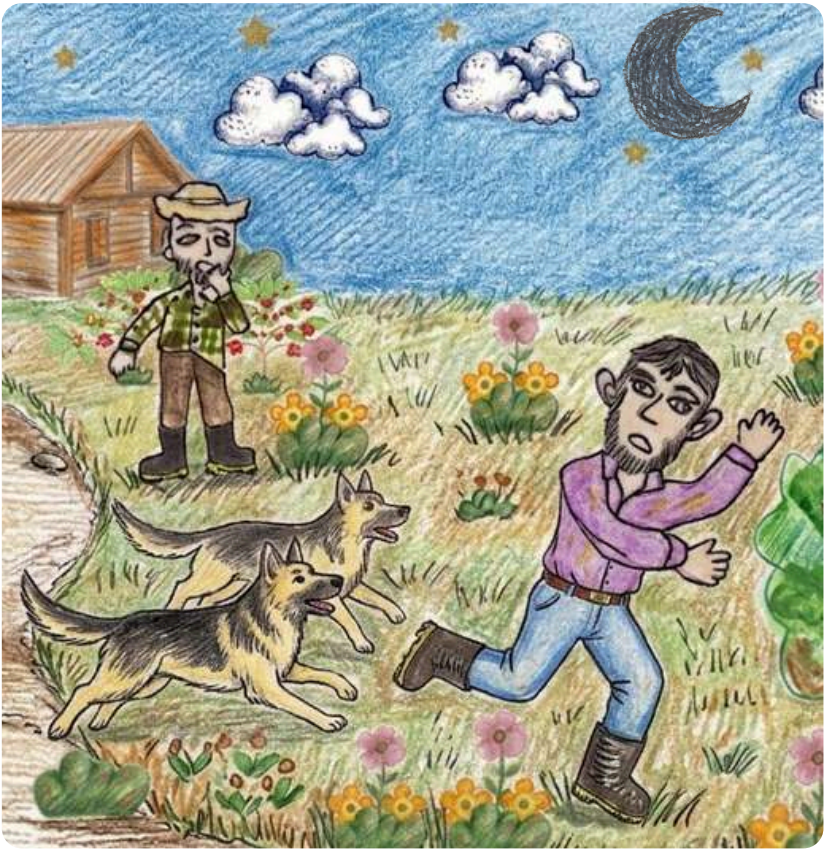
Salió al corredor y vio la silueta de David agachada entre el cafetal.

—¡David! ¿Qué hace en mi finca? —gritó Antonio.
Soltó a sus perros. Los animales ladraron con furia y salieron disparados hacia el cafetal. David tiró los frutos que llevaba en las manos y salió corriendo entre la oscuridad, tropezando con las matas y enredándose en la cerca.

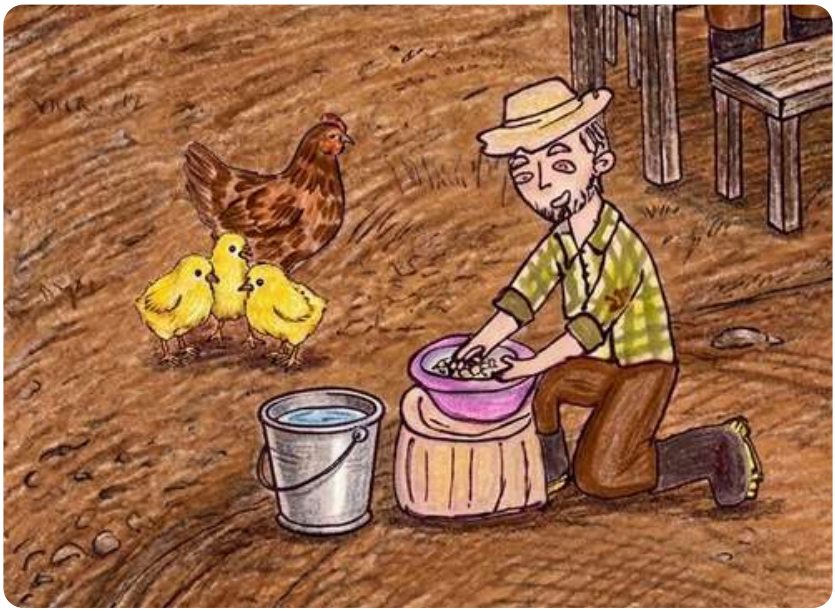
—¡No, no! ¡Tranquilos, ya me voy! ¡Esto no vale la pena! —gritaba mientras huía ladera abajo.



Los perros lo persiguieron hasta el límite de la finca y no más. David desapareció en la oscuridad, jadeando y con los pantalones rotos por el alambre de la cerca. Corrió ladera abajo sin mirar hacia dónde pisaba, saltando piedras y charcos que no veía hasta que los tenía encima.



Cuando se sintió fuera de peligro se quedó sentado un momento, en la oscuridad y el silencio, escuchando los ladridos que ya se alejaban, y sintió algo que no era solo vergüenza sino algo peor: la certeza de que había corrido durante diez minutos para robar unos frutos que ni siquiera sabía para qué servían.



A la mañana siguiente, Antonio se despertó temprano y encendió el fogón para calentar agua. Mientras esperaba, tomó algunos frutos del cafetal, los abrió y sacó las semillas de adentro: eran dos granos pequeños, duros, de color verde pálido.



Decidió lavarlos con cuidado. Luego los extendió sobre una tabla al sol para secarlos. Cuando estuvieron secos, casi sin pensarlo los echó sobre el fogón en una olla de barro. El calor fue transformándolos poco a poco: primero crujieron, luego cambiaron de color, del verde pálido al café oscuro, y entonces ocurrió algo que Antonio no esperaba

Un aroma diferente a todo lo que había olido antes comenzó a llenarlo todo. Salía por el corredor, entraba por las ventanas, llegaba hasta el camino. Era un olor cálido, profundo, que invitaba a quedarse quieto y a respirar despacio.

—Esto huele diferente —dijo Antonio en voz baja—. Esto huele a algo bueno.

Se le ocurrió moler los granos tostados sobre la piedra hasta convertirlos en un polvo oscuro y fino. Luego los añadió en una olleta con agua caliente y esperó.
El líquido que resultó era de un café intenso y brillante. Antonio lo probó con desconfianza, en pequeños sorbos. Cerró los ojos.



Era amargo, sí. Pero era redondo, cálido, con un sabor que se quedaba en la boca como una conversación que uno no quiere terminar.

—¡Delicioso! —gritó, y la palabra rebotó entre las montañas de La Perdiz.

Los vecinos, que ya llevaban un rato oliendo ese aroma desconocido, comenzaron a asomarse por los caminos.

—¡Antonio! ¿Qué está preparando? —preguntaron.

—¡Vengan a probar! —respondió con entusiasmo—.

Creo que descubrí algo nuevo que va a aportar a nuestra comunidad.



Se reunieron alrededor del fogón. Antonio sirvió en pocillos de barro y todos probaron en silencio, con esa concentración seria que tiene la gente cuando prueba algo por primera vez y sabe que es importante.

Entre los que llegaron estaba David. Venía cabizbajo, con heridas en sus brazos provocadas por ramas secas en su huida la noche anterior; tenía una expresión que mezclaba vergüenza con curiosidad. Se quedó al borde del grupo, sin atreverse a acercarse.

Antonio lo vio. Lo miró un momento. Luego tomó un pocillo lleno y se lo extendió.

—Pruébalo —le dijo simplemente.

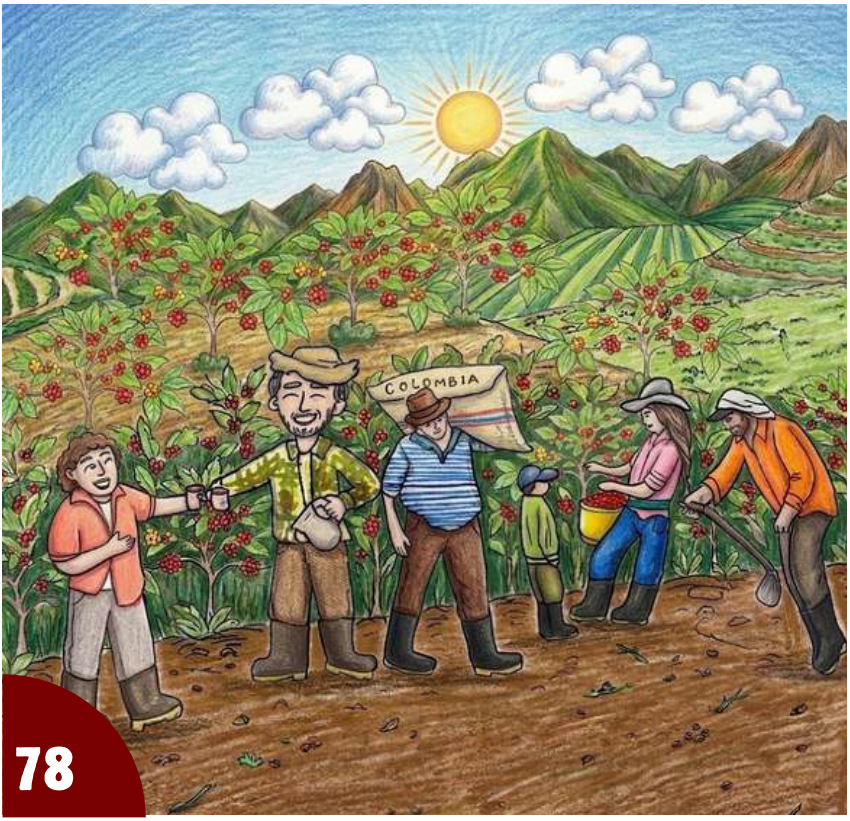
David lo recibió sin decir nada. Lo probó. Y algo en su expresión se fue suavizando despacio, como la tierra que se ablanda después de la lluvia.

—Está bueno —dijo en voz baja.
—Entonces aprende a cultivarlo —respondió Antonio—. Aquí hay tierra para todos.



Desde ese día, Antonio les enseñó a sus vecinos a cultivar, cosechar, tostar y preparar el café. Nacieron nuevos empleos, nuevas conversaciones y una nueva costumbre que se volvió parte de la vida en La Perdiz: ningún encuentro importante comenzaba sin un pocillo de café humeante en la mano.

David aprendió junto a los demás. Nunca fue el mejor cultivador, pero era el más puntual para llegar cuando Antonio invitaba a tomar tinto al corredor. Y eso, a su manera, también era una forma de haber aprendido algo.



Y aunque no se volvió a saber nada más de la cabra sabia, algunos dicen que aún camina entre las altas montañas de La Perdiz, observando los cafetales desde lejos, asegurándose de que la semilla que entregó sigue en manos del corazón correcto.

FIN





Institución Educativa La Perdiz (Algeciras - Huila)
Estudiantes de 8.° y 9.°

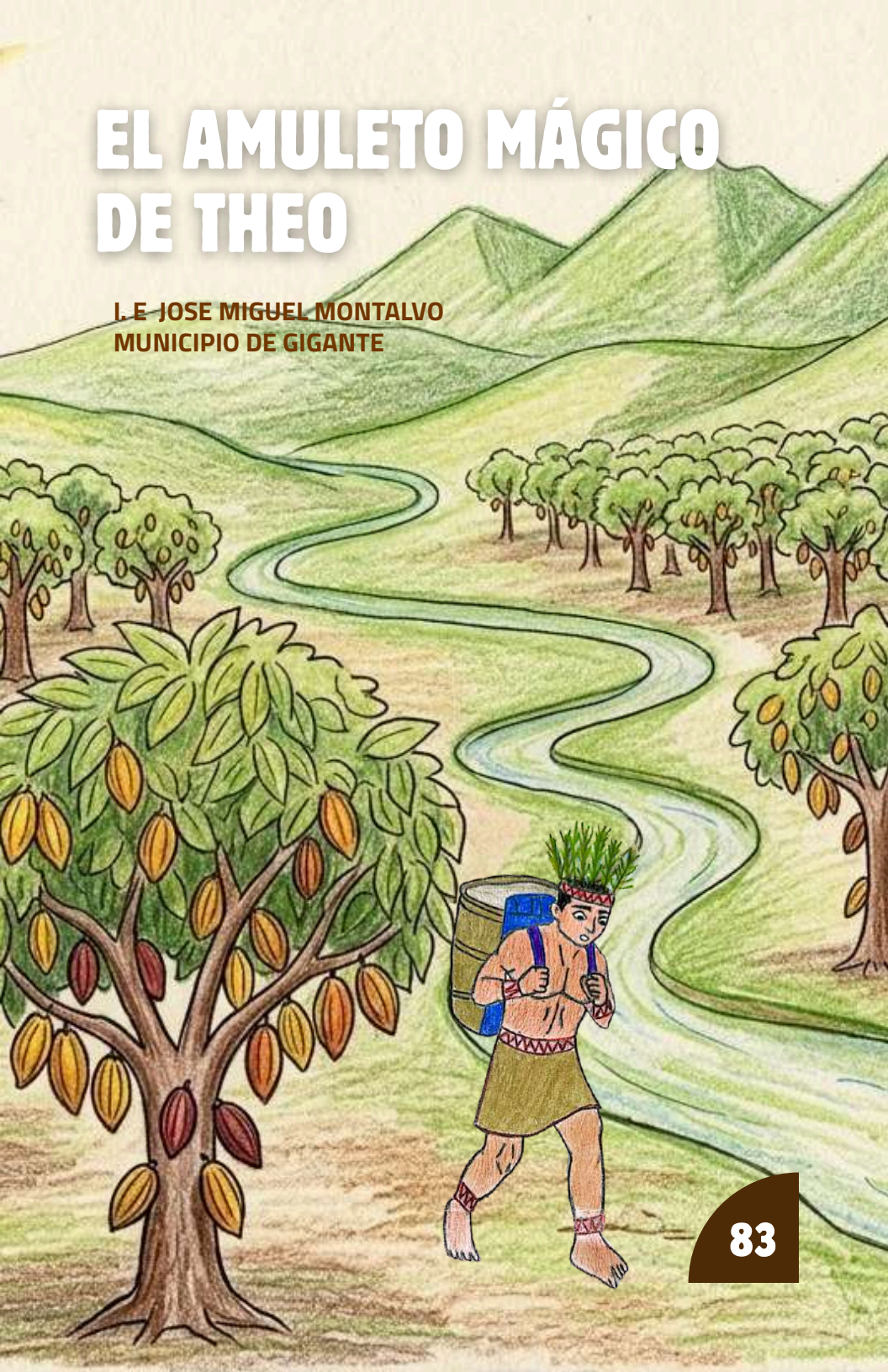
Alejandra Vargas, Andrea Vargas , Andrés Sánchez, Daniel Castro , Darwin Vanegas, David Bermúdez, Dilán Sánchez , Fabián Oyola, Jeandry Castilla, Jhon Jairo Núñez, Juan José Narváez, Juan Pablo Reyes, Marc Fernández , María Fernanda, Salomé Triana, Santiago Torres, Sarith Ospina.





EL AMULETO MÁGICO DE THEO

I. E JOSE MIGUEL MONTALVO
MUNICIPIO DE GIGANTE





Desde el sur de Colombia, el gigante Theo caminaba solo por las montañas, con su gran mochila al hombro. En ella llevaba su trasteo, algunos recuerdos y el deseo de encontrar un lugar donde sembrar vida.

Era un gigante de pasos lentos y mirada curiosa, que había recorrido ya muchos territorios sin encontrar uno que sintiera suyo.

Caminaba entre la neblina y el canto de los pájaros, sin prisa pero sin descanso, como quien sabe que todavía no ha llegado a donde debe llegar.

Entonces la tierra comenzó a temblar bajo sus pies.

De repente, se abrió un hoyo profundo en el suelo. Del interior brotaron pequeñas partículas luminosas que danzaban en el aire como si tuvieran vida propia, como brasas que no quemaban, sino que invitaban a seguirlas.

Theo intentó atraparlas con sus enormes manos, pero cada vez que lo hacía, escapaban como polvo de luz entre sus dedos.



Solo una partícula decidió acercarse lentamente. Llamó su atención con destellos suaves, como una vela en la oscuridad. En ese instante su luz se intensificó, y de ella brotó una silueta mística rodeada de hojas y cabellos azules que le habló con voz tranquila.



—Soy el hada protectora de la semilla de cacao. Si tomas esta semilla y la llevas contigo, será el amuleto mágico que guiará tu vida durante cinco años.

Theo extendió la mano con cuidado. La semilla cayó en su palma: era pequeña, oscura, de superficie rugosa y forma ovalada. Olía a tierra mojada y a algo dulce que no sabía nombrar.

La guardó con cuidado en el bolsillo interior de su mochila, cerca del corazón, y continuó el camino con esas palabras resonando en su mente.

Después de recorrer muchos kilómetros desde la Amazonía, cruzando ríos crecidos y selvas espesas, finalmente llegó al valle del río Almendra, en las tierras cálidas del sur del Huila.

Era un lugar rodeado de montañas verdes, con una humedad suave que hacía brillar las hojas y un olor a tierra fértil que Theo sintió como una bienvenida.

Y allí estaba Gaia. Era una gigante de espíritu fuerte y mirada directa, que conocía ese valle como la palma de su mano.

Sabía cuándo iba a llover con solo mirar el cielo, conocía el nombre de cada planta que crecía junto al río y había aprendido sola a curar heridas con las hojas del monte.

No era una mujer que esperaba: era una mujer que actuaba.

Theo se detuvo al verla. Titubeó un momento, se acomodó la mochila y se acercó.

—Bella Gaia —dijo con voz algo temblorosa—, tu presencia me ha robado el corazón desde que llegué a este valle.

Sueño con viajar, conocer el mundo y construir una familia. Y desde que te vi, supe que la semilla que llevo conmigo te había puesto en mi camino.

Le mostró la semilla en la palma de la mano.

Theo se detuvo al verla. Titubeó un momento, se acomodó la mochila y se acercó.

—Bella Gaia —dijo con voz algo temblorosa—, tu presencia me ha robado el corazón desde que llegué a este valle. Sueño con viajar, conocer el mundo y construir una familia. Y desde que te vi, supe que la semilla que llevo conmigo te había puesto en mi camino.

Le mostró la semilla en la palma de la mano.



Gaia la examinó con curiosidad. La tomó, la olió, la giró entre sus dedos. —¿Y por qué debería creerte? —le preguntó sin apartar los ojos de los suyos.

—Acabas de llegar a este valle y ya hablas de construir una familia.

Gaia la examinó con curiosidad. La tomó, la olió, la giró entre sus dedos.

—¿Y por qué debería creerte? —le preguntó sin apartar los ojos de los suyos.

—Acabas de llegar a este valle y ya hablas de construir una familia.



Theo no supo qué responder de inmediato. Fue honesto.

—No tengo más prueba que esta semilla y mis ganas de quedarme.

Gaia lo miró un momento largo. Luego le devolvió la semilla.

—Está bien, gigante. Caminaré contigo. Pero si este valle me necesita, yo regreso.

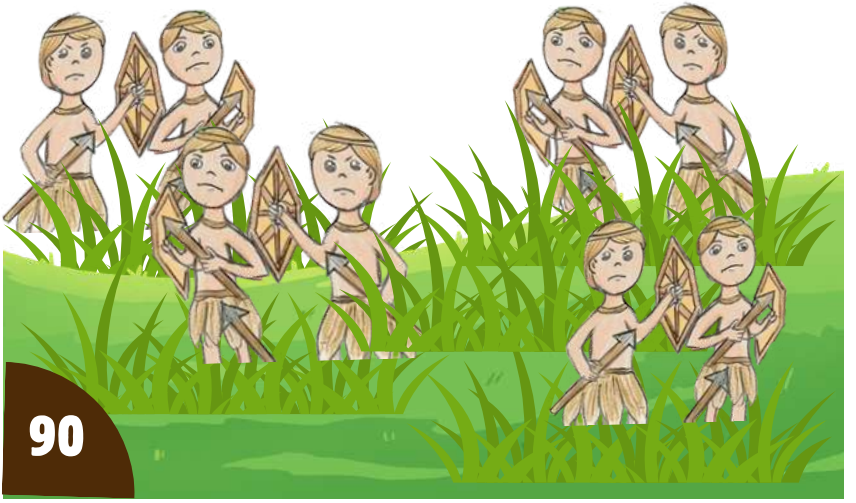
Y así partieron juntos: Theo con su mochila y su semilla, Gaia con su conocimiento del territorio y su voluntad propia.

Por infortunio, en ese mismo valle habitaba la tribu de los Monalones: guerreros feroces y profundamente territoriales que consideraban el río Almendra y sus orillas como tierra sagrada que ningún forastero podía ocupar.

Por infortunio, en ese mismo valle habitaba la tribu de los Monalones: guerreros feroces y profundamente territoriales que consideraban el río Almendra y sus orillas como tierra sagrada que ningún forastero podía ocupar.

Eran hombres y mujeres de baja estatura pero de una fuerza desconcertante: sus brazos parecían tallados en madera dura, sus piernas eran cortas y firmes como raíces de árbol viejo, y cargaban siempre sus lanzas de guadua. N

o necesitaban ser grandes para ser temibles. Se movían en grupo, rápidos y coordinados como una bandada de pájaros que cambia de dirección al mismo tiempo, y conocían cada piedra, cada curva y cada trampa natural del valle mejor que nadie.



Al ver que Theo había convencido a Gaia de partir con él, lo interpretaron como una traición y le declararon la guerra.

Los Monalones llegaron al amanecer, con sus lanzas de guadua pintadas de rojo y sus escudos de corteza de árbol. Eran rápidos y conocían el terreno mejor que nadie.

Theo, que era más grande pero más lento, recibió el primer ataque sin preparación. Cayó una rodilla al suelo.



Fue Gaia quien reaccionó primero.

Conocía ese valle: sabía dónde el río formaba una curva que ralentizaba a quien intentaba cruzarla corriendo, sabía en qué parte del bosque los árboles crecían tan juntos que era imposible lanzar sin enredarse.

Con voz firme le dijo a Theo:

—Sígueme. Yo conozco este lugar. Tú pones la fuerza; yo pongo el camino.

Durante trescientas sesenta y cinco horas, Theo y Gaia resistieron a los Monalones. Era una batalla larga, agotadora, hecha de días sin dormir y noches vigilando las sombras.

Hubo momentos en que Theo perdía la esperanza y era Gaia quien lo sostenía. Hubo momentos en que Gaia dudaba y era Theo quien le recordaba por qué habían decidido quedarse.

En los instantes más difíciles, Theo sacaba la semilla de cacao de su mochila y la apretaba con fuerza. No sabía bien por qué, pero ese objeto pequeño y oscuro lo calmaba. Le devolvía algo parecido a la claridad.



La batalla más feroz ocurrió cuando los Monalones atacaron al amanecer desde tres flancos al mismo tiempo. Theo recibió una lanza en el hombro que lo hizo tambalear, y por un momento el valle entero pareció inclinarse bajo sus pies.

Fue Gaia quien tomó el mando sin titubear: gritó a Theo que se replegara hacia la curva del río, ese punto donde la corriente era tan fuerte que nadie podía cruzar corriendo sin perder el equilibrio.

Los Monalones los siguieron con furia, pero al llegar a la orilla su velocidad los traicionó: varios cayeron al agua, otros perdieron el paso en las piedras resbaladizas y la formación se rompió.

Theo, desde la orilla opuesta con el hombro ardiendo, arrancó un árbol joven de raíz y lo usó como escudo. La imagen de ese gigante herido pero en pie, con un árbol en la mano y los ojos fijos, detuvo el avance por primera vez.

Entonces Gaia hizo algo inesperado: avanzó sola hacia los Monalones con las manos vacías y la voz firme, hablándoles en el idioma del valle, el idioma que ella había aprendido escuchando el río y el viento durante años.

Les dijo que no venían a tomar su tierra sino a sembrar en ella, que una semilla no roba, que una semilla da. Los Monalones se miraron entre sí y se detuvieron. Y en esa pequeña pausa que abrió la voz de Gaia, la batalla encontró su primer descanso.

Ese espacio que abrió Gaia funcionó, luego de muchas horas de conflicto, el jefe de los Monalones levantó el puño cerrado: la señal de alto. Los guerreros se detuvieron al mismo tiempo.

El jefe avanzó solo hasta quedar frente a los gigantes, los miró e inclinó la cabeza, con la lanza apuntando al suelo. No era una rendición. Era un reconocimiento del valor y las buenas intenciones de los gigantes con el territorio. Los Monalones se marcharon.

Theo y Gaia quedaron exhaustos pero en pie. Theo tenía el hombro vendado con hojas del monte que Gaia había usado para curarlo.

—Si una sola semilla nos dio amor, fuerza y victoria —dijo Theo—, ¿qué pasará si la sembramos?

Gaia tomó la semilla de sus manos.
—Yo sé preparar la tierra —dijo—. Empecemos.

Trabajaron juntos durante semanas.



Gaia preparó el suelo junto al río, limpió la maleza y abrió los surcos con precisión, mientras Theo enterraba cada semilla con una delicadeza que nadie hubiera esperado de unas manos tan enormes.

Cada mañana, antes de que saliera el sol y cuando el rocío todavía cubría las hojas, los dos gigantes regaban en silencio, lado a lado



De esa primera semilla nacieron muchas más. Los brotes crecieron lentos pero firmes, de arbustos de hojas brillantes a árboles de tronco rugoso que cargaban sus frutos directamente en la corteza: pequeñas vasijas rojas y amarillas que guardaban adentro las semillas más aromáticas del mundo.

Pronto el valle entero se llenó de cacao. Así fue como el valle del río Almendra, en las tierras cálidas del sur del Huila, se convirtió en tierra de cacao fino y de aroma. No por casualidad, sino porque los primeros en sembrarlo lo hicieron con amor, con valentía y con el conocimiento de quienes ya pertenecían a ese suelo: Theo y Gaia, los gigantes del valle.

FIN



I.E. José Miguel Montalvo (Gigante - Huila)
Estudiantes de 7.° y 8.°

Selena Soto Alvarez, Nicoll Valderrama, Isabella Cárdenas Cárdenas, Leslieth Sofía Álvarez Bolaño, Zaira Ramírez, Sara Ocha, Dana Sofía Triana, Luisa María Rojas. Samuel Esteban González, Neymar González, Santiago Jaime, Kevin Andrés Guzmán, Daniel Molina, Daniel Cruz Tovar, Kady Camilo Suarez, Maria de los Ángeles Garzón.



¡Ahora es tu turno de darles vida!

En las páginas siguientes encontrarás a los personajes que hicieron posibles estas cinco historias: el Carpinterito con sus figuras de luna, Brayan y su semilla encontrada en el río, Yeferson y Amparo con el regalo de la Madre Monte, el gigante Theo, el hada y su amuleto de cacao, y Antonio junto a la cabra sabia que cambió para siempre la vereda La Perdiz.

Cada uno de ellos nació de la imaginación de niñas y niños como tú, que conocen su tierra, la quieren y saben que en una pequeña semilla puede caber todo un territorio.

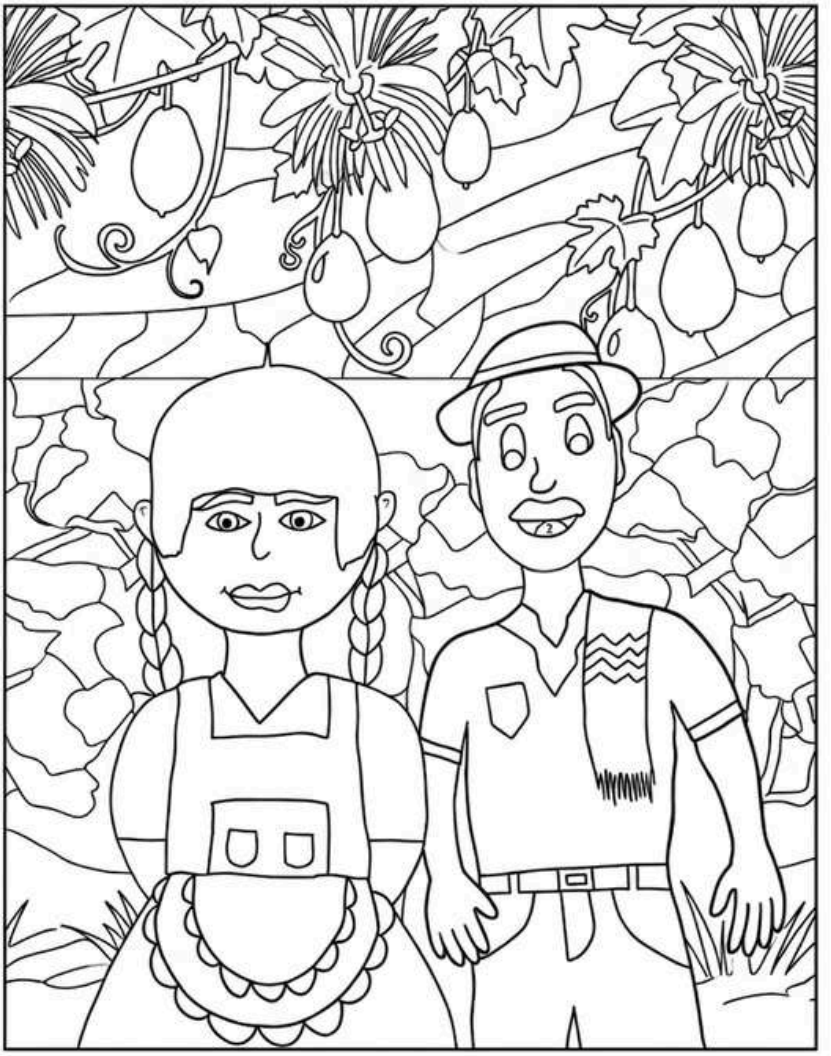
Toma tus colores, pinta con libertad y recuerda: estas historias también son tuyas.

¡Colorea al Carpinterito y la luna que inspiró la semilla del banano!



*Autor:*_____

¡Colorea a Yeferson, Amparo y la semilla misteriosa que la Madre Monte les regaló!



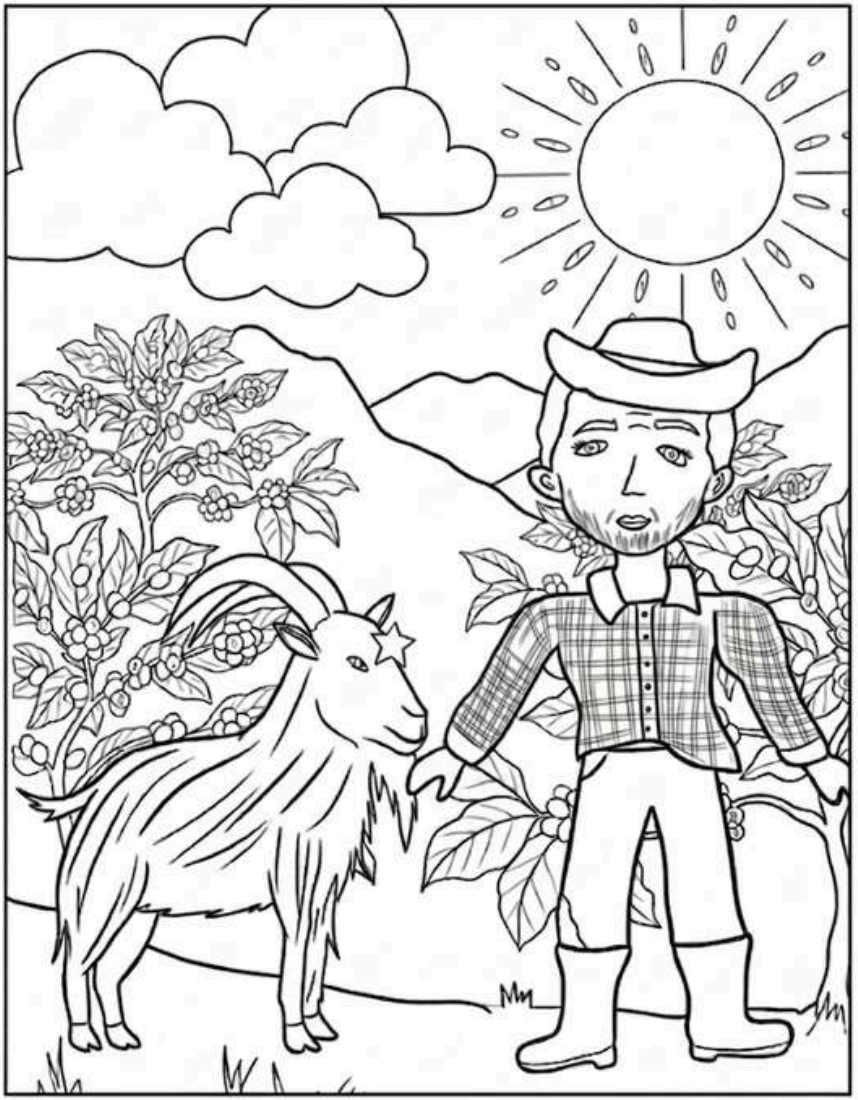
*Autor:*_____

¡Dale color a Brayan y a la semilla de arroz
que salvó un pueblo!



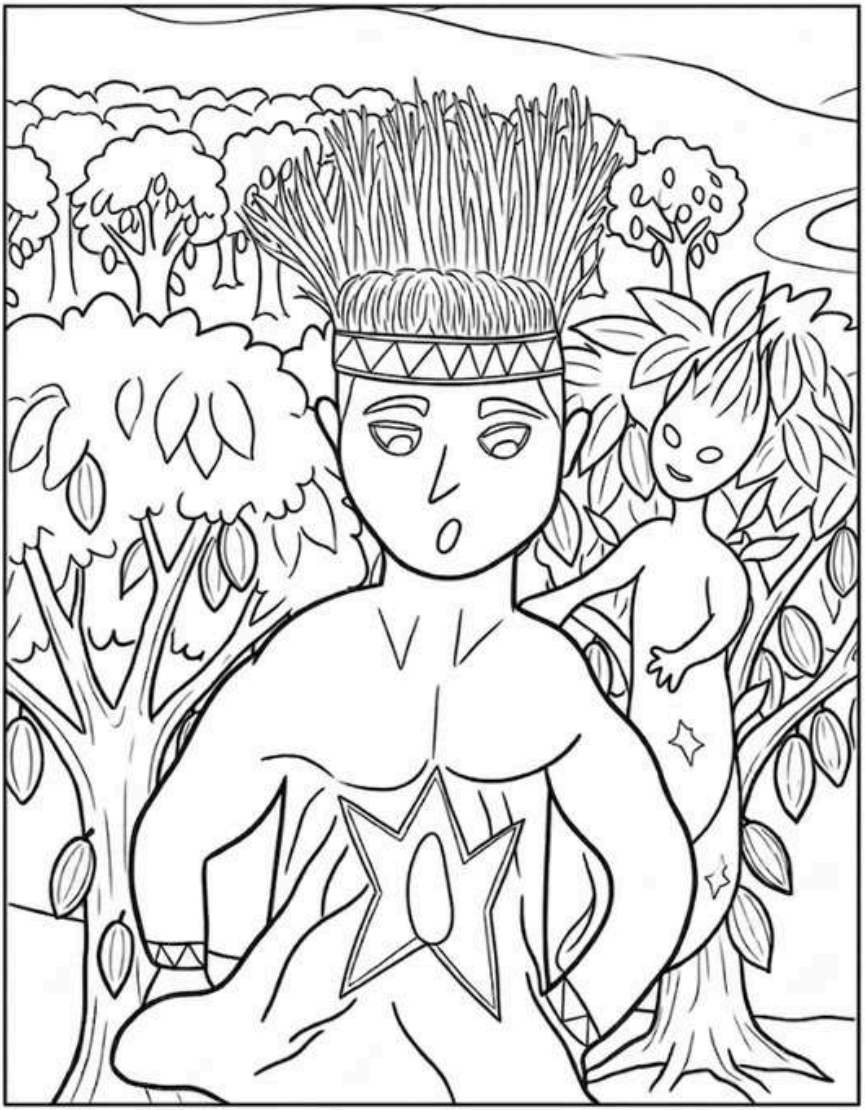
*Autor:*_____

¡Colorea a Antonio y la cabra sabia que trajo la semilla del café!



*Autor:*_____

¡Pinta a Theo y el Hada que dio el amuleto de cacao que guió su destino!



*Autor:*_____

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de un esfuerzo colectivo por salvaguardar la memoria y la identidad del Huila. Agradecemos sinceramente a cada niño, niña y adolescente que participó en esta experiencia de creación colaborativa; su alegría y rigor creativo permitieron recoger algunas narrativas bioculturales que hoy habitan estas páginas.

Gracias a las instituciones aliadas por su visión y apertura al permitirnos tejer redes de conocimiento en sus territorios: **Nicolás García Bahamón** (Tello), **Núcleo Escolar El Guadual** (Rivera), **Eugenio Ferro Falla** (Campoalegre), **La Perdiz** (Algeciras) y **José Miguel Montalvo** (Gigante). Su apoyo ha sido fundamental para fortalecer el sentido de pertenencia de las nuevas generaciones.

En este mismo sentido, nuestra gratitud se extiende a los docentes que nos dieron su acompañamiento, pues este fue clave para cultivar un ambiente de investigación situado y coherente con las realidades de cada entorno.

Semillero de Investigación Generación Sur

Semillas

SABERES, IDENTIDAD Y TERRITORIO

Un proyecto de:

Generación Sur
Semillero de Investigación

Insurgentes
Grupo de Investigación

ConTacto
Nuevas ideas, otras voces
Laboratorio Creativo

UNIVERSIDAD SURCOLOMBIANA

En articulación con:

Semillas
memorias que llevan vida

centro cultural
NEIVA

